

CAPITULO VI

A lo largo del Gila — Casas Blancas — Campo Grande — Observaciones hidrogeológicas — Los cocomaricopas — Observaciones etnológicas tomadas del relato de su jefe — Pelo y peinado singulares — Ladrones y asesinos en el campamento — Inseguridad de la región del Gila y el Colorado — Movimiento revolucionario en Sonora — Desfiladero del valle y desierto rocoso — Calor del Valle del Gila — El jefe de los pimas, y música indescriptible — Hickey's Hollow — Yerbas anuales — — Terraza de lava del valle del Gila — Jeroglíficos de los indios — Opinión sobre su significado — Senda trillada en la cima de una montaña — Conjetura acerca de la antigüedad de los jeroglíficos — Una partida de indios cocopás en el campamento — Panorama desde la cima de una montaña — Llegada al río Colorado — Yuma Camp — Los indios yuma — A bordo de un vapor — Cruce del Colorado.

Dejamos la laguna y seguimos viajando toda la noche para amanecer en un bosque de mezquites, en la orilla del Gila, cerca de una rancharía temporal de los pimas. El tal río, que me lo imaginaba caudaloso, resultó ser un arroyo que fluye sobre un lecho de arena. En sus riberas crecen álamos, sauces y varias clases de matorrales; lo demás es puro mezquites, mientras que a los lados son barrancos de tierras aluviales con la vegetación propia de la zona. A mediodía el agua de la débil corriente, que es clara y corre con rapidez, estaba tan caliente que los animales no la pudieron beber.

Volvimos a salir de noche, y pasamos varios caseríos de pimas en la obscuridad, de modo que no pude darme cuenta de cómo era su vida doméstica. En Tucson contratamos unos muleros que conocían el camino y me dijeron que uno de los caseríos se llamaba Casa Blanca de Montezuma. Los mexicanos de Tucson, y los indios del valle del Gila que hablan algo de español, llaman así a las ruinas de este lugar; pero otros le dan el nombre de Casas Grandes de Montezuma. Bartlett está en lo cierto al decir que el agregado "de Montezuma" no es cosa de los indios, sino que ellos lo oyen decir así a los españoles. Por otra parte, el señor García, coman-

dante de Tucson, sostiene que los pimas conservan viejas tradiciones que se remontan hasta más allá de los tiempos de la conquista, cuando estaban bajo el dominio del imperio azteca. Esto, sin embargo, es dudoso. El decir de nuestros muleros acerca de Tucson, de que en uno de los caseríos de los pimas existían ruinas de edificios puede que sea falsa, pues en ninguno de los escritos que yo conozco referentes a esta región encuentro nada al respecto. Pero siento esta vez también no haber viajado de día para haberles pedido a los muleros que me enseñaran la supuesta "Casa Blanca de Montezuma". Bartlett visitó y describió⁴⁶ las ruinas de Las Salinas, así como también las de más arriba, cerca del Gila; y aunque, como muchos otros, pasó por los caseríos de los pimas, no dice nada que corrobore el decir de los muleros de Tucson. Conforme a la descripción de las "casas grandes" que existen más allá de la laguna de Gila, cerca del río, el comandante de Tucson está también equivocado, pues me dijo que yo podría ver las ruinas desde el camino. Con ese propósito me paré varias veces sobre la silla de mi caballo tratando de ver algo, y cuando después leí el relato de Bartlett me di cuenta del inútil esfuerzo mío.

Tras una larga jornada nocturna y parte de la mañana siguiente, entramos en una extensa planada del valle cubierta de yerba y con muchos manantiales. Los cocomaricopas y los pimas que nos visitaron dijeron que el lugar se llamaba Campo Grande. Más allá unos cerros rocosos estrechan el valle, y, dejando lo bajo, el camino sube por la izquierda entre las peñas de un yermo tétrico, donde nos salió al encuentro un viento cálido. Vivaqueamos sobre la yerba para descansar antes de emprender una marcha trabajosa. El suelo está en parte cubierto de eflorescencias salinas. Las numerosas fuentes son de calidad similar a los "pozos naturales" cercanos a la laguna Seca, a cuya región ésta sin duda alguna se parece. En las formaciones cretáceas brotan de entre las rocas corrientes fuertes y claras, en tanto que en la región comprendida entre el río Grande y el Gila —en donde ahora nos encontrábamos— la forma predominante de las fuentes es un hoyo profundo en el fondo del valle; varias están juntas.

Mientras estuvimos allí llegaron muchos indios a visitarnos. Los cocomaricopas, que tenían sus rancharías en la vecindad de nuestro campamento, como también los pimas, fueron huéspedes de nosotros. Uno de los de la primera tribu, que hablaba bastante bien el español, me dijo que los pimas y los cocomaricopas habían acordado, con otras dos tribus —los cocopá y los quejuen— sostenerse trabajando en la agricultura; y que otras cinco tribus, menos pacifistas que ellos: los mentados apaches, los macjave, los simojueves, los comedás y los cuchian, eran sus enemigos confederados. No me mencionó a los yumas, aunque pertenecen a los enemigos de los pimas y sus aliados; pero puede incluirseles entre estos nombres. Y me dijo más todavía: que unos años atrás todos se congregaron a orillas del Colorado, y que habían enviado un mensajero a retar a las cuatro tribus. Salieron pues en campaña, y, tras una marcha de diez días, dieron con el enemigo. Fue una batalla de dos días en la que ellos salieron victoriosos.

⁴⁶ "Personal Narrative", por Bartlett, Vol. II, Caps. XXXI y XXXII.

Y parece que en verdad así fue, pues uno de nuestros guías, que había estado más allá del Colorado, contó que en donde los indios pelearon una gran batalla se ven muchos esqueletos todavía.

Un viejo cocomaricopa, de quien se nos dijo era uno de sus jefes, vino a nuestro campamento, preguntó por el líder, y con toda cortesía le obsequió a Mr. Kaufmann una carga de maíz. Le correspondimos con tabaco, y nos pidió una camisa; al recibirla, se sentó junto a nosotros. En esta operación comercial hubo cierta etiqueta que tal vez no captamos en toda su amplitud.

Los cocomaricopas me parecieron menos afables que los pimas; y no podemos tampoco elogiar su honradez, pues se nos robaron varias cosas. Un joven, pintada la cara de azul, tomó un bollo de pan y corrió a lavarse la cara en la poza más cercana para en seguida meterse entre otros de su misma tribu, creyendo que así no lo reconoceríamos. Otro, un anciano, se sentó junto a mí todo el día fumando los cigarros que le daba. Y luego compartió nuestra comida; pero después, cuando le pregunté por el significado de algunas palabras de su lengua, primero hizo como que no me entendía, y luego se negó a contestar a menos que le regalara una camisa. "Somos muy pobres", me decía; "si usted quiere que le responda, deme algo". Yo le había dado a un joven no recuerdo qué a cambio de una flauta que me había gustado no sólo como instrumento sino porque tenía muy curiosas talladuras. Habiéndose arrepentido del trueque, volvió a que le devolviera la flauta. Al negarme yo, se insolentó, y cuando le dije que iba a acusarlo con el jefe, se rió diciéndome que el jefe era su tío. Y siguió insistiendo en que se la devolviera alegando que para qué la quería yo si no sabía tocarla. Sin embargo, cuando supe —leyendo el libro de Bartlett— que los jóvenes cocomaricopas serenatean a las muchachas con ese instrumento, encontré justificado su arrepentimiento de haberme dado la flauta a cambio de un trapo viejo.

El cabello y la forma en que estos indios se lo arreglan, es cosa curiosa; la cantidad, el grueso y el largo de él es casi increíble. Se lo trenzan y enrollan en la cabeza de muchas maneras. La más corriente es en forma de turbante, y, para mantenerlo bien sujeto, lo embadurnan de lodo que al secarse convierten el todo en una masa sólida de tierra; tal vez el tórrido sol de estas regiones les haya inspirado la idea de protegerse del calor así. Hablo de los hombres solamente, pues no vi a ninguna mujer.

A este respecto su conducta difiere completamente de la de los pimas. Las mujeres de éstos llegaban a nuestro campamento, y circulaban con toda libertad en él, pero al mismo tiempo con perfecto decoro y modestia. Los cocomaricopas, por el contrario, parecían desconfiar de sus mujeres, manteniéndolas alejadas de nosotros, y a simple vista notamos que no les gustó el que uno de los nuestros les propusiera visitar su ranchería.

Valle abajo topamos a ciertos tipos de carácter sospechoso que, según supimos después en California, pertenecían a una numerosa banda de ladro-

nes, o que estaban por formarla. Primero se presentaron cinco americanos en nuestro campamento, uno de los cuales contó que de un grupo de cinco que andaban en el interior de Sonora, yendo de El Altar al río Gila, cuatro habían muerto de sed en el desierto. Que él se había pasado varios días sin comer ni beber nada, y que hasta el día antes se había encontrado con otros cuatro que venían de California. Puede ser que este hombre hubiese sido de los de la expedición de William Walker contra Sonora, que poco antes de nuestro viaje a través del territorio del Gila había tenido trágico fin; pero su aspecto físico y la poca hambre que traía le hicieron sospechoso a nuestros ojos. Lo que dijo un indio fue también extraño, y siento no haber entendido bien el cuento. Me parece que dijo que a pocas millas de donde estábamos, en el desierto, vio cerca del camino a un hombre agonizante, de los de ese grupo, a quien prometieron llevarle ayuda, pero que no le ayudaron en nada. Bastante más allá del río, pocos días después de lo anterior, nos encontramos con tres aventureros. Estos también nos dijeron que un cuarto compañero había sido asesinado en el camino, y que probablemente encontraríamos su cuerpo allí; que él se había separado de ellos, y que cuando después lo hallaron muerto estaba cubierto de sangre. Sospeché que sus compañeros lo habían asesinado. Después de haberles ayudado a estos tres hombres, con comida y ropa, pagaron nuestra generosidad robándose una de las mejores mulas que traíamos atrás. A los muleros le hicieron creer que se la habían comprado a Mr. Kaufmann. Uno de los nuestros reconoció a uno de esos tres tipos. Era, según él, un texano de pésima reputación que anduvo con Walker en Sonora, y hasta le contó a uno de nosotros que, con otros más, se había apoderado de un pueblito sonorense a cuyos habitantes les quitaron una exacción de doce mil dólares. Después, estando yo en California, su nombre apareció en los periódicos como jefe de una cuadrilla de salteadores de caminos que merodeaba en la zona comprendida entre las minas de Santa Cruz y la Sonora superior. Y no sólo eso; más tarde leí en un diario de San Francisco la siguiente noticia: "Muchos recordarán a Mr. Staudt, de San Francisco, quien hace dos años se fue a Sonora, y en su viaje de regreso a California fue robado y asesinado por sus dos compañeros de viaje. El mayor Emory, de la Comisión de Fronteras, se encontró con esos dos en el camino de El Paso a Chihuahua, en donde le vendieron dos de las mulas de Staudt. Uno de ellos es danés o alemán, bandido de la peor calaña a quien llaman Dutch Charley; el otro es texano, y se llama Ned Hines". Así mismo se llamaba el hombre que llegó a nuestro campamento del Gila.

Después de las fracasadas expediciones de Walker y del conde francés Raousset de Boulbon a Sonora, este Estado siguió siendo escenario de acontecimientos bélicos, y meta de numerosos aventureros de toda laya, que se incorporaban bajo la bandera de cualquier caudillo de los diversos partidos mexicanos. Buscadores de oro, y hombres metidos en ilusorias especulaciones de minas y de tierras, inmigrantes al territorio últimamente vendido por México a Estados Unidos —todos ellos, incluyendo a salteadores de caminos y criminales prófugos de la justicia de California—, hombres de toda estirpe, desde la mejor a la peor, parecían estar listos a participar en un movimiento armado mediante el cual el Estado de Sonora y la

península de Baja California se separaran de México. De esto me di cuenta cabal por frases que oí a distintas clases de gente de diferentes lugares, y últimamente a fugitivos que de Sonora llegaban a California. Hasta en Europa se sabe que después de mis andanzas por esa región se intentó separar a esos estados, y que el desenlace fue más desafortunado que en las dos ocasiones anteriores.

Dejamos el campamento al anochecer, pero, a pesar de lo avanzado de la hora, nos sopló un viento caluroso procedente del desierto rocoso que íbamos a cruzar. Yo no llevaba barómetro, mas todo mundo sabe que la temperatura del verano en esta zona oscila entre los 100° y 120° Fahrenheit, a la sombra. Pero el efecto de esta temperatura alta sobre el cuerpo humano debe medirse más por el carácter rocoso de esa tierra, que por la marca del barómetro. Estaba tan caliente el suelo que cuando las mulas se detenían uno o dos minutos, levantaban los cascos con evidentes muestras de dolor, y ni aun a medianoche podía yo sentarme a gusto en las piedras. En este viaje los muleros mexicanos se montaban desnudos en las mulas, y aun así se bañaban en sudor. Sólo en las mañanitas se sentía algún fresco. La sombra, en el día, no era ningún alivio, y el viento acentuaba más la bochornosa temperatura empujando oleadas de calor, en vez de mitigarlo. Un día, bastante abajo del valle, tuve que ir en busca de una mula como una milla sobre el río, y el agua estaba propia para un baño de pies en agua tibia; cuando tenía que caminar sobre un banco de arena, la hallaba tan caliente que no podía dar más de unos pocos pasos sobre ella; y estoy seguro de que 100 pasos me hubieran ampollado los pies.

El viejo jefe de los pimas, cuya autoridad reconocían los cocomaricopas, y cuyo nombre, según ciertos viajeros es "Cola Azul", o "Culo Azul" según otros, manifestó el deseo de acompañarnos por un corto trecho con un pequeño grupo de indios jóvenes, porque, como francamente nos lo dijo, quería darse el gusto de viajar en coche. Me monté con él en uno de los vagones vacíos, y me divertí mucho viendo cómo "Su Alteza" gozaba con los barquinazos del coche en ese horrible camino. En cierta parte de él, que era parejo, las mulas apuraron el paso, y la escolta de mi noble huésped que iba a pie corrió al trote detrás de nosotros expresando su gozo con una especie de canto que eran sonidos bruscamente cortados que sólo podían compararse a los ladridos de por lo menos veinte perros.

La jornada de esa noche fue sobre terreno desértico y rocas desnudas, y los vagones, al pasarles encima, parecía que se iban a hacer añicos. Al romper el alba el paisaje apareció desolado y grandioso al mismo tiempo; pero, aburridos y exhaustos como todos estábamos —hombres y animales— seguimos sin parar en dirección al río. Por ambos lados se alzaban promontorios graníticos, pelados desde la base a la cumbre, con la excepción de unos pocos saguaros, cactus con largas espinas blancas, acacias y algunos corchis enanos. A mediodía llegamos al río; habíamos recorrido cuarenta y cinco millas en diecisiete horas sin parar.

Descansamos el resto del día, y reanudamos el viaje de noche. Amanecemos en un lugar de sesteo llamado Hickey's Hollow. Es una angosta faja de tierra de más o menos cien pasos de ancho por varias millas de largo, que está a unos dos o tres pies más abajo del nivel general del territorio plano aledaño al río. Esta hondonada se mantiene húmeda y recoge cantidad suficiente de tierras aluviales procedentes de una extensa zona de lava basáltica o dolerítica que la convierte en oasis. Le dan sombra los mezquites, y está cubierto de grama; casi toda la grama que crece en esta región, como también la del desierto del Colorado y de muchas otras partes de California, es anual, porque fuera de la semilla, no se ve otra traza de la yerba del año anterior; pero ésta, arrastrada por las aguas de las primeras lluvias invernales junto con la tierra hacia la hondonada, germina donde se amontona la tierra. Después de unos pocos meses, se seca, quedando adentro la semilla para reventar de nuevo el verano siguiente. De ello deduzco que es posible cultivar algunas tierras de estos desiertos.

Una amplia terraza de lava dolerítica con ciertas partes sesgadas hacia el valle, arranca de aquí siguiendo el curso del Gila. El camino nos llevó sobre un escabroso trayecto rocoso, en donde vi plantas muy curiosas que no conocía, pero no tuve tiempo de examinarlas detenidamente. Llegado que hubimos al fondo del valle, lo encontramos cubierto de arena, en partes suelta y llevada allí por el viento, o bien cubierto por una capa impermeable de maraña de gran variedad de arbustos quenopodiáceos, entre los cuales encontraban refugio las perdices californianas. Cierta variedad de estos arbustos, que los mexicanos llaman chamiso, es buen forraje para el ganado. Pero los caballos y las mulas no lo tocan. El camino sigue siendo malo en todo el valle. En los arenales acumulados por el viento sobre las terrazas de lava, había que sacar a los vagones hacia las partes altas. Los reniegos y los latigazos, los gritos de mayoresales y muleros, los pujidos de las mulas —que los mexicanos califican de “lloridos”— los tumbos de los vagones sobre los bloques de lava, las calientes moles negras de las peñas que en la tenebrosidad de la noche se veían doblemente negras, unos pocos fantasmagóricos saguaros, y, en fin, todo eso combinado, era un cuadro de lobreguez imposible de imaginar.

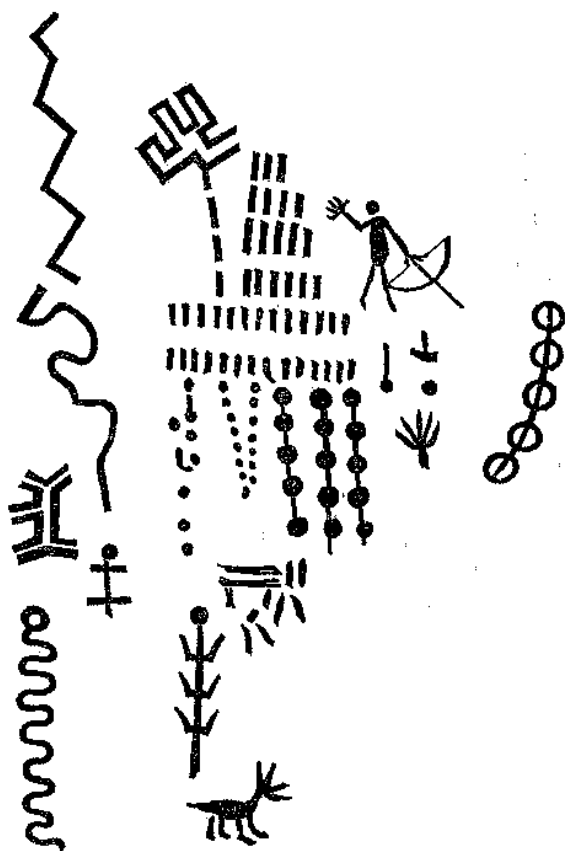
Las rocas de los paredones de estas terrazas están, en una buena distancia del camino, cubiertas de jeroglíficos labrados por los indios. El viajero que colecciona y estudie estas extrañas, y hasta ahora indescifradas figuras, tendrá que hacer para muchas semanas.

Quiero hacer algunas observaciones al respecto. Mr. Bartlett⁴⁷ cree que estos jeroglíficos indios no tienen ningún significado histórico, que son simples delirios de la imaginación; y los numerosos dibujos que de ellos figuran en su libro parecen haber sido escogidos para demostrar su teoría. Reproduzco aquí algunos que pueden servir para sostener un punto de vista contrario.

⁴⁷ “*Personal Narrative*”, Vol. II, Pág. 195.

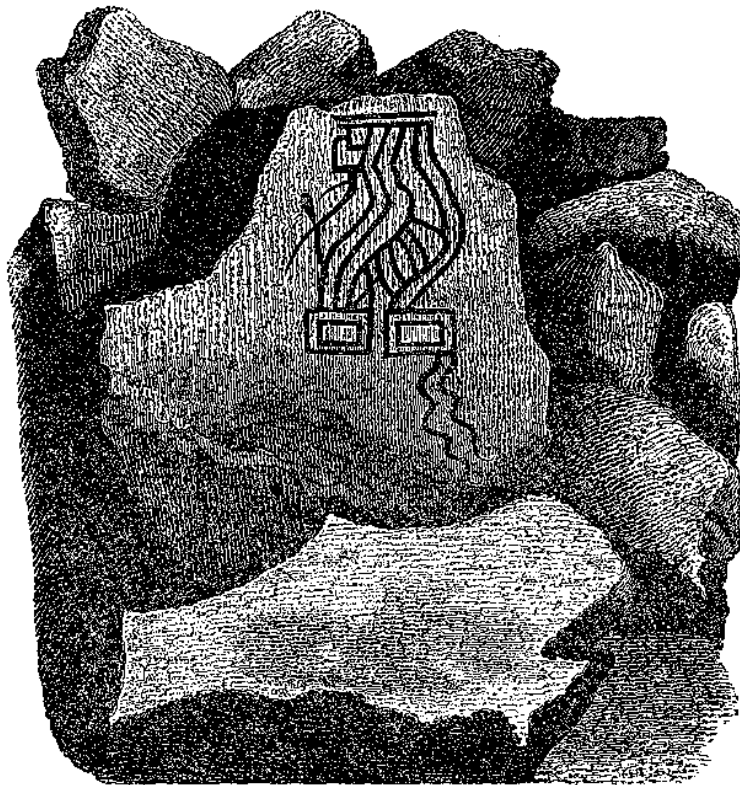


Entre los muchos centenares de jeroglíficos que vi en la región del Gila y otras partes, hay entre ellos dos clases de muy distinta naturaleza. Una se caracteriza por la representación de objetos tales como hombres y animales. Probablemente hasta éstos tengan un sentido más amplio por su combinación de lo uno con lo otro y con los símbolos menos fáciles de explicar. Pero, sea como fuere, estoy convencido de que la segunda clase de figuras debe tener un significado general, y sirve para comunicar ideas. Varias veces pedí a los indios aclararme lo que los símbolos querían decir, pero no pudieron o no quisieron explicarme nada. Esto último fue sin duda el caso con el jefe de los yumas, quien hizo todo lo indecible por convenirme de que las lajas de Lower Ferry, en el Colorado, no tenían ningún sentido. Me dijo que eso era sólo juego de niños, figuras que hacían golpeando una piedra sobre la otra; y diciendo esto cogió una y me enseñó cómo lo hacían. Pero tengo razones para creer que no me dijo la verdad. Es posible, y hasta probable, que la presente generación —y en este respecto ignorante— se divierta hoy imitando las figuras que ve; y que estas imitaciones hechas por no dejar carezcan de significado. Tal vez la intención original expresada en estos caracteres tuviera antaño significación que únicamente los jefes y hombres principales conocían, como sucede en las naciones civilizadas en donde no todos saben leer. Pero muchos detalles tienden a refutar que estas figuras fueran originalmente resultado de intentos primarios de creación artística. En primer lugar la similitud de estilo, en lugares a mil millas de distancia unos de otros, y sus rasgos más extre-

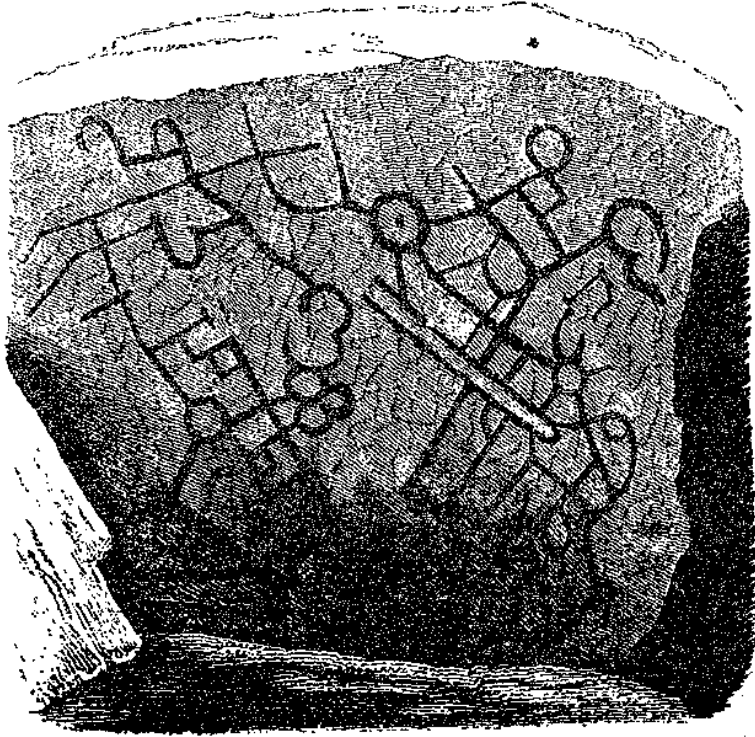


mos excluyen toda idea de semejanza accidental. No puede uno imaginarse cómo es posible que la repetición de las mismas figuras puedan haber sido utilizadas una y otra vez, como no fuera que tuvieran un carácter convencional, y hubiesen sido trazadas para expresar una idea determinada. También los lugares en donde se encuentran son de tal naturaleza que les dan cierta importancia. En el Gila, por ejemplo, los símbolos y caracteres están labrados en piedras asentadas en sitios a donde no es posible llegar si no es con gran dificultad; y en paredones tan escarpados que no se puede subir a ellos más que con artefactos mecánicos. Es apenas concebible que haya quienes se las ingenien para escalar esos lugares, y que puedan realizar allí un trabajo tan difícil y laborioso, sin tener el propósito de hacer algo importante; y tanto más cuanto que muy cerca de allí hay enormes piedras en las que pudieron haber ejecutado el mismo trabajo con mayor facilidad, si hubiese sido hecho por pasatiempo no más. Vi cerca del Gila, en la cúspide de un alto y empinado cerro, más allá de la zona de las terrazas de lava a que me he referido, las rocas cubiertas de jeroglíficos. En las faldas de los cerros vecinos hay viejos trillos transitados y hasta rocas desgastadas por las pisadas de generaciones y generaciones de viandantes, que conducen a la cúspide. Creo que esos trillos llevan siglos de ser hollados, y es imposible no llegar a la conclusión de

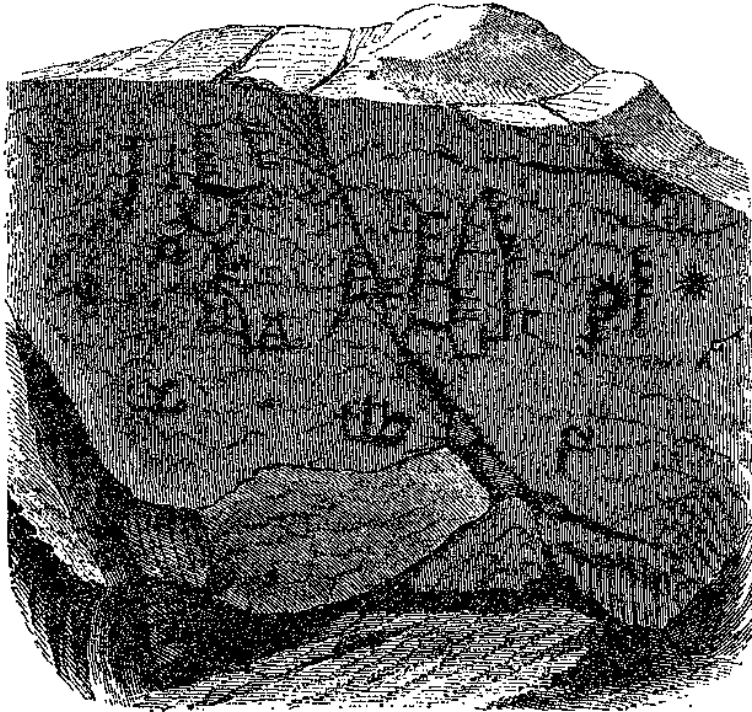
que por algo conducen a los petroglifos. El sitio en donde están me hace pensar que sólo el fervor religioso les pudo hacer llegar en peregrinación hasta ese apartado lugar. Se ven jeroglíficos también en piedras aisladas cerca del camino, de una de las cuales hablé en un capítulo anterior, como si estuviera allí para llamar la atención del viajero. Este camino, que es para carruajes, es sin duda de reciente construcción, hecho por hombres de raza blanca; pero los caminos que ahora usan los viajeros civilizados van en su mayor parte sobre los viejos trillos de los indios, cuyo rumbo determinan los pocos aguaderos de la zona. A fin de que el lector se forme una idea general de su carácter, y de las opiniones expuestas, reproduzco aquí algunos de los jeroglíficos que más me llamaron la atención. Uno de los petroglifos del Gila tiene particular interés pues está en un paredón de las terrazas de lava, cuya presente posición semicubierta por otra roca que oculta parte de sus signos, prueba que el sitio en que esas piedras se encuentran hoy, no es el mismo en que estaban antes de ser grabadas, y que algún fenómeno natural las cambió de lugar; lo cual tuvo que haber ocurrido después de ser grabadas.



En los mismos paredones de lava de la región del Gila hay otros jeroglíficos que aún más que los otros parecen ser signos destinados a transmitir algún mensaje.



Por ambos márgenes del Gila se expande más arriba de las terrazas de lava un yermo cubierto de guijarros y fragmentos de granito, pórfido, sienita, dolerita, jaspe, etc. Al pie del paredón está la tierra tan saturada de sales, producidas por la acción de la atmósfera sobre las rocas volcánicas, que la humedad de la noche ha formado en el suelo dos pulgadas de lodo. Más adelante del camino el lodo aparece seco.



Por esos mismos rumbos vimos una noche a unos veinte indios de la tribu cocopá. Iban en misión diplomática a donde los pimas, con el propósito de organizar con ellos una expedición bélica contra los yumas. Eso fue lo que nos dijeron, y las afanosas preguntas que cuando llegamos al Colorado nos hicieron los yumas a ese respecto, era prueba de que éstos ya lo sabían. Los cocopás estuvieron amigables, se portaron correctamente en el campamento, y nos entendimos en inglés; todos los otros indios que conocimos sólo hablaban español, además de su propia lengua. Esta influencia se debe sin duda a lo cerca que están de California. La forma en que el jefe de esa pequeña banda se dirigió a mí fue cómica: "Tú capitán, yo capitán", dijo. "Tú darme bastante harina, bastante frijoles. Cocopá no hambre, buenos amigos. No hambre, bastante comida; no robando; no "hay"* robo"; y así hablan, mezclando palabras de español con el inglés. La piel de éstos es más obscura que la de los pimas.

Vivaqueamos un día sobre la alta ribera del río, en la base de un empinado picacho. Subí a la cumbre, desde donde contemplé el desierto del norte del río: es una llanura gris, bordeada de lomas escarpadas del mismo color. Admirando esta escena estaba cuando de repente divisé llamas en el valle, cerca del campamento. Bajé corriendo y vi que nuestros vagones

* Esta palabra en español.

se hallaban en lugar seguro; y, habiendo alejado a las mulas del peligro, observamos cómo ardía la vegetación seca del valle; la escena era espectacular.

Llegamos al curso inferior del río, en donde las tierras bajas se cubren de árboles y arbustos. Estos últimos son principalmente acacias. Vi allí un árbol o arbusto realmente bello y similar al corchi. Parece ser muy raro, pues sólo encontré dos o tres del mismo. El tronco, las ramas, los vástagos y las pequeñas espinas son verde-grisáceas; no tiene hojas, pero las verdascas están tan finamente divididas que visto desde cierta distancia parece que lo cubriera un follaje delicado; las verdascas y las espinas están cundidas de pequeñas bellotas coloradas, receptoras de una resina o aceite fuertemente perfumado, como mezcla de anís y de violetas. Las vainas que contienen una sola semilla son pequeñas; las mismas bellotas coloradas cubren las vainas. El suelo estaba cubierto de casi una pulgada de flores secas, color violeta oscuro, muy olorosas. El arbolito, cuando en floración, debe ser muy bello; su apariencia es delicada. Su flor es amarillosa.

Bajamos a un planicie por entre un desfiladero rocoso tajado por el Gila. Este y el Colorado hacen aquí su maridaje, y no estábamos lejos ya del Yuma Camp, puesto militar de Estados Unidos sito en la confluencia de ambos ríos. Las yermas, pendientes y rocosas sierras de este desfiladero son de cierta especie de sienita, consistente de anfíbol verde oscuro de grano fino, con algo de mica, cuarzo y feldespató, en parte blanco y en parte rosado, ambos minerales en masas separadas contenidas como en el pórfido. Las rocas son ordinarias, partidas y cuarteadas, seccionadas en todas direcciones por pequeñas venas de cuarzo. En estas sierras crecen diferentes clases de cactus; entre ellos una preciosa y pequeña tuna, muy diminuta. Seguimos rodando en la noche hasta el propio punto de la confluencia de los dos ríos, en cuya ribera meridional acampamos. Quedamos frente a Yuma Camp.

Poco después de amanecer vimos venir a visitarnos del lado de las sierras a muchos indios yumas, unos a caballo y otros a pie, y aun otros se cruzaron el río a nado. Hombres, mujeres y niños, todos de mente despejada y amigables; las muchachas eran bonitas y traviesas, con el pelo largo y suelto; su vestido era una enagua hecha de sólo cordeles con borlas en las puntas, y franjas de cierta corteza suave y coloreada artificialmente, pero arreglada en forma que parecía falda de baletista. La escena, viendo a esas ninfas deambular festivamente entre hombres rudos y barbados, parecía una función de balet.

Pero con toda su sociabilidad y donaire no debía uno fiarse mucho de estos indios. Son fácilmente irritables, impulsivos y muy celosos de su independencia; en varias ocasiones han asesinado a hombres blancos que en reducido número se establecieron en sus vecindades. Su vidriosidad salió a luz cuando pedimos a unas muchachas que frecuentaban el campamento fuesen a cortar frijoles de mezquite, pues queríamos llevar varios

vagones de eso para el viaje a través del desierto del Colorado. Les fijamos precio. Cuando nos lo llevaron pidieron una cantidad mayor de la convenida; primero apelaron a nuestra gentileza, mas al ver frustrada su artimaña se insolentaron hasta el grado de que algunas muy enfurecidas echaron al río el mezquite que habían cortado. En cuanto a su conducta, estas muchachas eran menos ejemplares que las de otras tribus que conocimos en la región del Gila. Pero que si esto es consecuencia de la vecindad del fuerte y de su guarnición o que obedezca a cuestiones de su carácter, no puedo decirlo. Frente al fuerte se está levantando la ciudad de Colorado; ya se han edificado algunas casas y otras están en vías de construcción. Y no cabe duda de que será de importancia, puesto que acaparará el comercio de la cuenca del Gila y del Colorado, incluyendo a todos los oasis de Sonora, y más después el del distrito del Gran Lago Salado, o por lo menos de una parte de él. Ya llegan vapores hasta el propio fuerte, de suerte que las tropas están bien abastecidas. Cuando estuvimos allí se hablaba de navegarlo más arriba aún, y se decía que ya era posible hacerlo en varios centenares de millas.

Fueron los yumas quienes asesinaron al famoso Glanton cuando este hombre monopolizaba el transborde a través del Colorado exigiendo un alto peaje a los viajeros. Lo que ahora se paga por cruzar el río es caro, o por lo menos era así el día que nos tocó cruzarlo. Tuvimos que pagar trescientos dólares por el paso de nuestra caravana, aun cuando sólo tres hombres se ocuparon en ello un día. Y eso que entonces había dos transbordadores que se hacían la competencia: uno en la juntura del Gila, y el otro doce millas más abajo, en un punto llamado Pilot Knob, en donde también se han construido varias casas. Este fue el que utilizamos el 5 de Agosto, y acampamos en la ribera norte del río.

Aquí seguimos tratando con los yumas. Como algo característico de ellos quiero contar que cierto día envié con un muchacho una carta a uno de los oficiales del fuerte, y que en menos de tres horas me trajo la respuesta. Eso tardó en viajar veinticuatro millas; pero tuve que pagarle un dólar y medio, pues se negó a ir por menos. Se fue allá a la carrera, y volvió nadando con la corriente, habiéndose metido la carta que traía de respuesta entre su tupido pelo para que no se mojara. Estos indios hacen largos viajes aguas abajo, con sólo la ayuda de un trozo de madera. Varias veces vi a tribus enteras de hombres, mujeres y niños flotar con la corriente, que es muy rápida, y su agua lodosa y rojiza.

CAPITULO VII

Del río Colorado a Los Angeles — El desierto — Desagüe del Colorado en el desierto — Diversas cualidades del suelo — Sapos y ranas del desierto — La Lagunita — Peces muertos — Serranías — Agua de lluvia — El desierto pedregoso y el desierto arcilloso — Osamentas de ganado — Hormigas mineralógicas — Fisonomía general de las tierras de aquí a Los Angeles — Inmensidad de las praderas norteamericanas — Región de yerbas y plantas anuales — Cereales silvestres — La causa original de la falta de árboles es de naturaleza geológica — El Vallecito — Un hombre medio muerto de hambre — San Felipe — Rocky Pass — Olor alcanforado de las plantas — El Rancho Warner — Fuentes sulfurosas — Indios californianos — Grandes rebaños de ganado — Yerbas y semilla de trébol como forraje para el ganado — Santa Ana — Una zona meteorológica dentro de otra — El rancho del coronel Williams — Un pastor costoso — Compartimos carne de treinta puercos con los zopilotes — Extenso uso de estriquina — Conjunto de cerros de terreno terciario — Fuentes de asfalto, o betún — Los Angeles — De vuelta a la civilización.

Los preparativos para la continuación del viaje no me dejaron tiempo para visitar Fort Yuma, ni para darme cuenta de la naturaleza del río Colorado y del territorio aledaño. Teníamos ante nosotros el desierto del Colorado, que se extiende desde el norte del río hasta la base de la Sierra de California. Al sur de ésta está un yermo similar y sin agua, a través del cual pasa el camino que conduce a El Altar, por la llamada ruta de Tinaja Alta, temida porque en ella año con año muchos viajeros mueren de sed. Cinco días caminamos después de haber dejado el río Colorado, para llegar al primer aguadero de California. En el camino se encuentran algunos pozos naturales escasos de agua, pero los viajeros los han ido mejorando a mano. Sin embargo, contienen muy poca agua para las necesidades de una caravana grande como la nuestra. Así que nos dividimos en tres compañías que debíamos marchar con intervalos de un día, y a mí me tocó encabezar la primera, que consistía de siete vagones y unas cien mulas.

El 6 de Agosto dejamos las márgenes polvorientas del Colorado, rumbo noroeste en dirección a los médanos, bordeando la parte alta del desierto por el costado del valle. Estos médanos forman una especie de cinturón ante esta parte alta, y fueron, conforme al criterio de geólogos americanos, costa marítima. Más allá está un desierto de polvo, cuyo nivel es más bajo que el del río Colorado, y más bajo aún que el del Golfo de California. Uno de los ramales de este río fluye hacia el noroeste, rumbo al desierto, y se fracciona en varios lagunajos, algunos de los cuales, en ciertas épocas, se secan a causa de la evaporación. Más arriba se despliega una planicie arcillosa y dura, y, subiendo gradualmente hacia las montañas de California, se convierte en un desierto pedregoso desde el cual, bajando por el primer desfiladero del valle, se llega a una vasta formación arcillosa.

En resumidas cuentas, el camino del Colorado al primer aguadero es un solo yermo de polvo, arena, arcilla y piedras.

Después de la primera noche de viaje llegamos, al amanecer, al primero de los pozos, el Cook's Well. Es un hoyo cavado en el lecho de un brazo seco del Colorado, el cual está veinte pies más abajo del nivel general de la tierra circundante. No sé si es el propio río Nuevo, o sólo un brazo de él. El darle de beber a las bestias fue cosa de veras engorrosa, ya que tuvimos que llevarles el agua en baldes. Pronto se agotó y nos vimos obligados a esperar varias horas para que volviera a llenarse; sin embargo, como sesteamos allí todo el día, pudimos abreviarlas dos veces. El agua brota en este pozo de un lecho lodoso de tierras de aluvión. Al caer el sol reanudamos el viaje que duró toda la noche. Y llegamos a los médanos que marcan el límite de la parte más alta del yermo. Al claror de la luna cruzamos un trecho arenoso sin ninguna huella visible de camino. Después de rodar varias millas me percaté por las estrellas que la caravana, sin habernos dado cuenta, iba haciendo un círculo como si fuéramos de regreso al Colorado. Pero por suerte no habíamos perdido mucho camino, y de allí a poco descubrimos el viejo trillo.

En esas inmediaciones percibí un cierto olor a azufre, que se me dijo provenía de un lodo volcánico situado bastante lejos de la banda norte del Colorado, y cuyos vapores acarrea el viento a través del desierto. Al amanecer el día siguiente llegamos al otro aguadero, el de Alamo Mocho; es mucho más profundo que el de Cook, y tiene una baranda protectora de madera para que las bestias no caigan en él. Con el agua que sacábamos en baldes venían también innumerables ranas y sapos. Allí nos encontramos con el correo de San Diego; lo conducía un joven virginiano bien educado, quien, por 100 dólares al mes, hace el viaje semanal entre San Diego y Yuma Camp. La hondura de este pozo es de unos cincuenta pies, y tiene varios estratos, uno de los cuales es de arcilla fina y dura. Esta arcilla parece corresponder al lodo resbaladizo que se encuentra en el Colorado y también en los primeros arroyos del pie de las montañas de California, y el cual es tan fofo que, al poner uno la mano en él, no siente nada. Arriba y abajo de este estrato de barro hay otros de arena y marga.

Dispusimos dividir la recua en forma que las bestias bajaran a beber de una en una. Mas a pesar de nuestros esfuerzos para contener a los sedientos animales, la sed los volvió ingobernables, y así fueron resbalando uno tras otro por la lucia pendiente, pero sin mayores percances.

Viajamos toda la noche sobre un excelente camino, duro y arcilloso, casi un páramo, con sólo uno que otro matorral enclenque. A las dos de la madrugada estábamos en La Lagunita. Esta es de agua estancada que sólo aparece periódicamente; a veces ha dejado de vérsela por diez años, y cuando reaparece es por meses y hasta por años también. No muy lejos de allí hay otra laguna temporal, a la que llaman Laguna Grande; suele unirse a la pequeña. En el centro de la primera hay arbolitos de mezquite que han muerto en el agua. A juzgar por su tamaño deben tener quince o veinte años de edad, y no lo había matado antes el agua, lo cual quiere decir que la laguna debe haber estado seca por igual número de años. Pero su propia existencia debe datar de siglos, pues así lo revela el lodo que la circunda. En la orilla había millares de peces muertos; de lo cual se infiere que no mucho antes sus aguas se habían retirado del río. Otros viajeros dicen que la mortandad comenzó hace dos meses; mas lo cierto es que, cuando nosotros llegamos, la fetidez era nauseabunda. El agua no se podía beber, pero no porque supiera a materias orgánicas muertas, sino porque era salobre. Sin embargo, yo la bebí.

A mí se me hace que eso de que estas lagunas se llenen y se sequen obedece a periódicos levantamientos y hundimientos del suelo; la llena accidental del río no es explicación que satisfaga.

Nos acercábamos a las cordilleras californianas que por el oeste se alzan como muralla, y sobre ellas, cuando plantábamos nuestro campamento, se cernían negros nubarrones. Por el noroeste del camino, aunque no tan altas, se yergue otra escarpada serranía. Esta es prolongación noroccidental de la cordillera rocallosa que comienza abajo del Campo Yuma, en el Colorado, y a la cual pertenece una cordillera similar que al otro lado del río corre en dirección al sur. El desierto del Colorado es una llanura situada entre las montañas del este y el oeste, que forma el ángulo noroeste de las tierras bajas que antes fueron de la cuenca del Golfo de California.

La Lagunita está en el Estado de California, cuya frontera cruzamos. En la tarde seguimos ganando terreno sobre un camino plano, arenoso y duro como un yermo, cubierto de casitas de caracoles pequeños como granos de arroz. En este viaje supimos, por experiencia personal, que grandes torrentes de lluvia inundan de tiempo en tiempo el desierto del Colorado (a mí me habían dicho que jamás caía allí una sola gota de agua). A eso de la medianoche pasamos por un lugar que tenía varias pulgadas de agua; allí se había desatado la tormenta advertida de lejos, y el suelo arcilloso no absorbía el agua. Desenganchamos los animales y los pusimos a beber. Al amanecer pasamos Sacket's Well, surtidor a poca distancia del camino; no hubiera dado abasto para matar la sed de las bestias, pero, gracias a la oportuna lluvia, hubo suficiente, y hasta sobró para cualquier otra caravana que pudiera venir detrás de nosotros.

El desierto comienza aquí a hacerse pedregoso, y a cada paso va revelando su carácter: enormes pedregones, y fragmentos de piedras de toda clase como decir granito, sienita, feldespatos, cuarzo, madera petrificada, jaspe, mica relumbrante como la plata, piedra caliza salina y blanca, numerosas conchas y otras substancias yacían por todas partes. Por fin el camino bajó de la altura que gradualmente había alcanzado hasta una estrecha cañada arcillosa. El desierto, en su parte noroccidental, forma un contrafuerte plano, por el cual baja el camino. La desolación es tanto más sorprendente por cuanto el viajero esperaba ver todo lo contrario. De la llanura pareja se pasa a un caos de zanjas, despeñaderos, lajas horizontales y oblicuas, filetes, pirámides y toda clase de formaciones geológicas; y luego montañas rasas y rocosas alzándose detrás de todo eso. Las cañadas se abren paso en terreno arcilloso de color verde, en cuyos estratos se ven brillar lajas y masas fibrosas de arcilla. El aspecto del todo es de indescriptible aridez, aun cuando en esta región de la muerte se ven unos cuantos arbustos, como cactus, matorrales sin hojas, especialmente belchos y algo de pequeñísimas yerbas anuales. La tormenta del día antes hinchó algunos arroyos, junto a uno de los cuales descansamos unas horas. No podría decir si este arroyo es permanente o no, ni si pertenece al río Carrizo. Todo este territorio —desde el borde de la meseta desértica hasta los arroyos que confinan con el Carrizo— está salpicado de millares de osamentas de ovejas, ganado vacuno, mulas y caballos. Puede el lector formarse una idea de esto cuando sepa que de un solo rebaño de ovejas que el año anterior iban del norte de México a California, seis mil murieron aquí. Muchos de esos pobres animales quedaron entre peña y peña en lugares casi inaccesibles; allí encontré sus restos.

He escuchado diversas opiniones respecto de la extraordinaria mortandad de animales en la travesía del desierto de Colorado, especialmente en la región del Carrizo, aguadero contra cuyos peligros nos advirtieron. Unos dicen que sus aguas son venenosas; otros que el beber demasiado después de un largo período de sed es la explicación de los efectos fatales; en tanto que otros más atribuyen tales consecuencias a ciertas plantas de las inmediaciones, que los animales comen sólo cuando están medio muertos de hambre. La planta que me enseñaron allí como venenosa, es una pequeña euforbia cubierta de una película gris, que puede justificar la suposición. Otra opinión parece muy natural, y es que ya casi al terminar la jornada a través del desierto, la fuerza de los animales, extenuados por el trabajo, el hambre y la sed, llega a su fin allí. Probablemente la verdad sea que la combinación de todas estas causas produzca el resultado.

El origen de la extensa formación arcillosa de estas tierras es, en muchos lugares, atribuible al carbonato de cal. Se le ve incrustado en la piedra caliza que forma lomas integradas por grandes cantidades de conchas sueltas o ligeramente adheridas. En una colección de minerales que encontré en Los Angeles vi una especie de arcilla que contenía granitos de oro. Eran redondos, y con toda probabilidad pertenecieron originalmente a un depósito de tierras de aluvión compuestas de fragmentos de carbo-

nato de cal, convertidas en arcilla por la acción del ácido sulfúrico. La arcilla con el oro aluvial puede por tanto ser formación aluvial metamórfica. La que contenía oro aluvial fue encontrada en el Paso de Tejón.

Antes de continuar con el relato del viaje quiero dar a conocer aquí una observación que hice en el desierto. Cuando atravesábamos ciertas partes de las mesetas y desiertos norteamericanos vi a menudo hormigueros en forma de montículos compuestos exclusivamente de piedritas de un mineral de la misma especie, como por ejemplo, pequeños granos de cuarzo. En una parte del desierto de Colorado los montículos de estas hormigas mineralógicas consistían de montoncitos de minúsculos fragmentos de feldespato cristalizado, escogidos por esos insectos de entre los diversos componentes de la arena ordinaria de por ahí. La última vez que estuve en El Paso, un mayoral norteamericano me pidió le dijera cuánto podía valer una bolsita de granates que tenía. Al preguntarle dónde los había encontrado, me dijo que esas piedras —en realidad cristales imperfectos de granate rojo y transparente— eran del mismo material con que las hormigas construyen sus montículos en tierras de los indios navajos, en Nuevo México, y que conocía un lugar en donde podían hallarse grandes cantidades de eso. Quizá puedan estas observaciones tener cierto interés con respecto a lo que dice Herodoto de las hormigas buscadoras de oro.

El río Carrizo es una corriente que nace en las montañas, fluye hacia el este por entre los desfiladeros del desierto para finalmente morir en este mismo. El camino que llevábamos iba por las alturas rocosas, escarpadas, sin árboles y rasas de la parte sur de las montañas californianas, en donde los manantiales, bordeados de yerbas y unos pocos álamos, existen en algunos valles sólo a grandes distancias entre sí; no tienen corrientes permanentes, pero en época de lluvias violentos torrentes los inundan.

En nuestro primer día de viaje, del Carrizo a Vallecito, volvimos a ver la vegetación de la meseta y todas sus peculiaridades. En las alturas áridas no se veían más que magueyes y cactus, lo que en ninguna otra parte es tan característico como en esta localidad. Es de la especie de maguey llamada mezcal por los mexicanos, y cuya raíz dulce recolectan los indios para hornearla y guardarla. Pero a medida que nos acercábamos a la costa del Pacífico —viajando siempre rumbo al oeste— el aire se hacía más húmedo, y junto con este cambio del clima variaba también la flora que arropa las alturas. Estas están cubiertas de matorrales verdes, pero aquí me fallaron mis conocimientos de botánica. Los valles están pringados de inmarcesibles laureles, mientras que las altas cumbres y las sierras se ven por primera vez pobladas de pinos gigantes (*Taxodiums*), característica de la fisonomía vegetal californiana. Sin embargo, el crecimiento de árboles es aún aquí una excepción, y así sigue siendo el aspecto del territorio hasta la costa del Pacífico. Puede asegurarse, por consiguiente, que con leves interrupciones la meseta, comenzando en Misuri, se extiende por un lado a través del territorio del río Grande hasta el Golfo de México, y por el otro hasta la costa del Pacífico. El lector habrá podido ver, por la descripción del panorama, que la vegetación, aparte de la ausencia general de

árboles, es de carácter variadísimo. A medida que nos acercábamos a la vertiente del Pacífico, la grama y la yerba anuales se iban haciendo rasgos típicos de la vegetación; pero tan pronto como traspusimos la cordillera principal de California —que parece ser la línea de demarcación en cuanto al carácter meteorológico del país— la avena y el trébol silvestre se adueñan casi por completo de muchos centenares de millas cuadradas. El trébol también —algunas especies por lo menos— es anual, y sus semillas, que cubren grandes extensiones, constituyen durante meses casi el único forraje de las manadas de ganado, que son de miles y miles. La avena silvestre que vi en el sur de California, y principalmente en las lomas detrás de Los Angeles, tiene espigas tan gruesas, altas y tupidas como las mejores que se cultivan en Europa. En un páramo de las proximidades del Rancho de Warner, lejos del camino y de toda vivienda humana, encontré cebada silvestre. Y, por último, en una exposición agrícola de San Francisco, vi una muestra de trigo silvestre, que era buenísimo; pero no pude saber nada más que había sido llevado de Sierra Nevada. Esto me inclina a creer que estas tierras, desde el Gila, en donde comienzan las yerbas anuales, son apropiadas para la siembra de cereales, excluyendo al maíz, para el cual no parecen adecuadas las tierras californianas. La cebada ocupa su lugar aquí, por lo menos como forraje para mulas y caballos.

La escasez de árboles en una parte del continente norteamericano es un interesante punto que corresponde aclarar a los botánicos, climatólogos y geólogos. En California predomina la opinión de que en los lugares en donde ahora no hay árboles no puede crecer ninguno. Mas hay pruebas en contrario. En los más apartados establecimientos de las praderas de Misuri vi "*Robinias*" tan vigorosos como los de cualquier otra parte de Estados Unidos. En lo que es ahora Galveston, en la costa de Texas, no crecían árboles antes, y hoy abundan en las calles y jardines de la ciudad; y todos de gran porte y muy frondosos. La altura sobre el nivel del mar nada tiene que ver con este fenómeno, puesto que las regiones en donde no hay árboles se extienden desde la costa del mar por un lado, a través de las más altas cumbres de las mesetas de las regiones centrales hasta al costa del mar del otro lado del continente. Las pocas excepciones de este aspecto de la vegetación se ven en los valles de las mesetas, y sobre las altas cumbres de las sierras que se elevan sobre ellos. De este hecho se podría sacar la conclusión de que la poca humedad es una de las muchas causas del fenómeno, aunque bien puede no ser esa la causa principal, ya que las praderas bajas de Texas tienen tan poca humedad como la costa californiana. Sin ahondar profundamente en esta materia, quiero simplemente externar una opinión, producto de mi propia experiencia, y ella es que la causa principal de la escasez de árboles debe verse en la historia geológica de estas regiones, es decir, en la naturaleza de las circunstancias que no les han dado ninguna vegetación, y de las circunstancias que más tarde ocurrieron. Pero tengo la convicción de que con el tiempo gran parte de las regiones actualmente sin árboles se poblarán de ellos.

Vallecito es un pequeño oasis de verdor acordonado por montes pelados. La vegetación de los valles consiste en parte de grama, en parte mimbres

y en parte de otros arbustos propios de los territorios del río Grande que reaparecen aquí. Y aquí mismo vimos también el primer establecimiento californiano, una casita solitaria, que desde luego era una tienda de víveres, de ropa hecha y de otros artículos necesarios a los viajeros que se vendían a precios increíblemente altos. Nosotros íbamos ya tan escasos de todo que tuve que comprar pagando precios exorbitantes. Conversé allí con un hombre enfermo, quien, pocas semanas antes, habiéndose extraviado en el desierto del Colorado, se encontró con unos indios yumas que lo despojaron de todo, y se pasó varios días desnudo y sin que comer, hasta que lo encontraron unos viajeros que se hicieron cargo de él. Estaba muy débil, y tenía en la espalda una herida de tres pulgadas de largo por media de profundidad.

En el camino pasamos por varios establecimientos más. Primero fue San Felipe, un grupo de casas o chozas más bien, habitado por indios civilizados. De Vallecito para acá el camino pasa por un desfiladero que es el peor trecho que uno recorre desde el Paso de Guadalupe hasta la Baja California; en ciertos lugares era tan estrecho que los tubos de las ruedas de los vagones restregaban los paredones. La flora de este lugar desértico es muy singular; unas piñuelas pequeñas, con flores amarillas y delicado perfume, la grácil tuna y el enebro de bayas encarnadas. Varias plantas labiadas con fuerte fragancia alcanforada atrajeron mi atención. Esta misma fragancia embalsamaba el aire. En la región del Gila noté asimismo que varias yerbas olían a alcanfor.

Pasamos la noche en el valle, en donde los animales encontraron bastante que comer, y a la mañana siguiente, por un desfiladero, al que los norteamericanos llaman Warner's Pass y los mexicanos Puerto de San Felipe, llegamos al Rancho de Warner, localidad conocida por los viajeros californianos con el nombre de Agua Caliente. El camino hasta allí no es malo. El Rancho de Warner es una propiedad de varias millas de extensión, que Mr. Warner reclama para sí, pero que en esos días era uno de los tantos dominios en disputa en el estado de California. Es el paraje más bello de todo ese territorio montañoso que el camino atraviesa. Bien regado por numerosas corrientes, con excelentes pastizales y todas las ventajas naturales para la agricultura y las industrias, este lugar podría sustentar a una ciudad de buen tamaño y varios pueblos. Una colonia de alemanes que quisiera establecerse en California no hallaría un lugar más apropiado. Las lomas están cubiertas de sotobosque con pringues de robles. El clima es saludable; jamás se siente aquí el calor sofocante de la región del Colorado; en el invierno llueve copiosamente, y las altas montañas se cubren de nieve. En el verano la vegetación se mantiene verde con el rocío de las madrugadas. Todas las mañanas, en mi viaje a Los Angeles, en mi frazada, el pelo y la barba, me amanecían gruesas gotas de rocío. Puedo asegurar a los tímidos que tienen miedo de exponerse al aire de la noche, que no mata, aun cuando nos cubre, en nuestro sueño, con gotas de rocío, como también cubre a las hojas y a las flores de los campos.

Desde la llegada de los norteamericanos se han edificado algunas viviendas en las tierras del Rancho de Warner, pero el viejo poblado de Agua Caliente, conjunto de casas construidas al estilo mexicano, queda a dos millas del camino, cerca de una fuente de aguas termales sulfurosas que se hace corriente. Para poder bañarse allí hay que alejarse un poco del nacimiento de la fuente, hasta donde se lo permite la temperatura del agua. Fui allá a caballo, pero al acercarme a la corriente y sentir la bestia el olor a hidrógeno sulfurado, daba la vuelta. Sin embargo, acabó por llegar a la orilla y, adelantando una mano, tanteó el agua. Los moradores de las casas eran todos indios, y cuando les pregunté por el nombre de su tribu me dijeron que se llamaban Agua Caliente. Siendo éste el nombre del poblado, le pregunté al jefe de todos cuál era el nombre original de su tribu y de las de la vecindad. Me fue difícil conseguir lo que quería saber. Por fin dijo, como si de pronto comprendiera mi deseo: "¡Ah, usted quiere saber nuestros nombres de paganos!"* y al responderle que sí me dio una lista de todas las tribus de California en su propio idioma, pero eran tan enredados los nombres que le hice repetir varias veces antes de poder copiarlos. Esa lista, junto con otras notas interesantes, desdichadamente la perdí. El jefe me enseñó algunas constancias dejadas a él por oficiales americanos que atestiguaban su buena reputación. Decían que él no había participado en la gran revuelta de los indios que estalló en esos lugares a poco de haber los norteamericanos conquistado California. Esos indios habían intentado nada menos que exterminar a todos los norteamericanos. Algunos mexicanos y un desalmado norteamericano —sirviéndose de los indios— colaboraron en la intentona. La revuelta fue sofocada y los cabecillas capturados y ahorcados en San Diego. Los indios de Agua Caliente, que tomaron parte destacada en ella, parece que quedaron escarmentados, pues varios de ellos con quienes hablé al respecto no cesaban de hacer comentarios, y siempre se expresaron en términos reprobatorios de la actitud de sus hermanos.

Hice arreglos con dos muchachas indias a quienes encontré en la fuente para que me lavaran una pila de ropa sucia, y a la mañana siguiente fui a recogerla a Agua Caliente, pero en vano las busqué en el poblado, hasta que supe vivían montaña adentro. No me quedó más que ir allá. Y llegué a uno de los lugares más románticos que jamás he visto. Huertos cerrados y milpas entre roquedales de granito bordean el caserío. Hallé a las dos chicas en casa de sus padres, que me recibieron gentilmente; me regalaron elotes tiernos de maíz tostados, y raíces de mesquite horneadas. Hablé con el viejo sobre cómo veía eso de haber pasado su tierra a jurisdicción norteamericana. Me dijo que estaba satisfecho, pues ya no tendría que trabajar obligatoriamente para otros. Se lamentaba sí de un cambio: el de la prohibición de beber aguardiente. Las muchachas vestían géneros de algodón estampado, y sus bonitos vestidos cortados a la moda mexicana. Llevaban su largo y satinado pelo caído sobre los hombros y alrededor de la cabeza un pañuelo amarillo de seda china. Los hombres andaban desnudos, salvo por un trapo amarrado a la cintura.

* En español todo.

El rancho de Warner fue el sitio acordado para reunirnos otra vez las tres secciones de la caravana. Al tercer día de haber llegado nosotros arribó la última, y tuvimos el gusto de saber que no se había perdido un solo animal y que ninguna desgracia ocurrió a nadie en tan terrible jornada. Compramos y destazamos un novillo, y todos celebramos alegremente la terminación de nuestras penalidades en la larga marcha a través de las metetas y las inmensidades agrestes del continente.

Y, sin embargo, no habíamos llegado aún a las rondas de la civilización, pues nos faltaba trasponer montañas y pasar por desfiladeros antes de llegar a la planicie de Los Angeles. El primero de los desfiladeros es Puerto de Ahuanca, situado más allá de un pueblo indio. En esa época del año no se veía una sola brizna de yerba verde en todos los contornos, así que las bestias comieron las semillas de la grama y de los tréboles que desenterraban a una pulgada de profundidad. La cordillera de más al oeste, por donde iba nuestro camino, era alta y muy pendiente. La vegetación debe ser aquí lujuriente en la primavera. Por todos lados veíanse los desfallecientes zarcillos pasifloráceos, y una bonita planta asclepiadácea, todavía en flor, se enredaba en los zarzales. Después de trasponer una sierra de más al oeste todavía, arribamos por fin al río de Santa Ana donde vimos la pradera con multitud de ganado. Estas tierras son parte de la hacienda de Santa Ana, propiedad de una antigua familia californiana que tiene 20,000 cabezas de ganado.⁴⁸

Debido a una llena del río causada por lluvias de los últimos días, nos vimos forzados a quedarnos allí casi dos días, esperando a que bajaran las aguas para poder cruzarlo. Esas lluvias en esa época del año fueron algo muy raro, nadie de esos lados recordaba que hubieran caído antes de esas fechas.

En California la estación lluviosa es el invierno, pero en el territorio del Colorado —al otro lado de las montañas— es el verano; y las fuertes lluvias caídas aquí, en el río Santa Ana, fueron un traspaso excepcional del clima oriental al costado occidental de la sierra. Semejante irregularidad daña a la vegetación, ya que debido a ello las semillas de la grama, del trébol y la cebada germinan prematuramente, y por lo tanto perecen. Por consiguiente, unas cuantas lluvias como esas pueden causar el exterminio del ganado, ya que aquí no hay medios artificiales para forrajearlo.

Las lomas y praderas de esta región, que es por donde teníamos que ir, estaban literalmente pobladas de ganado. Habiendo dejado la propiedad de la familia Yorbas, llegamos a la del coronel Williams, que se llama Santa Ana del Chino, y que tiene 10,000 reses. Acampamos cerca de la vivienda del coronel, cuya bondad es proverbial entre los viajeros. La distancia de aquí a Los Angeles, a donde Mr. Kaufmann había ido a vender sus mulas y vagones, es de treinta millas. Muchos de nuestros mayores —todos

⁴⁸ Lef en un periódico californiano que en esa misma hacienda se ha establecido una colonia de alemanes dedicados al cultivo de la vid. Nada mejor que esas tierras para eso.

los norteamericanos en realidad— que iban como empleados para poder viajar gratis a California, o que habiendo ya llegado a la tierra del oro, exigieron salario mucho más alto, fueron despedidos. A los muleros mexicanos se les envió con los animales a las lomas para que los apacantaran allí, y yo, con unos pocos, me quedé cuidando el campamento. Así me estuve cuatro o cinco días que en parte me los pasé con el coronel, americano él que se había casado con la hija de uno de los mexicanos de familia más antigua y prominente de California, y quien vivía aquí desde antes de pasar el territorio a manos de Estados Unidos. Hablamos extensamente del pasado y del presente del país. Su propiedad abarca ocho leguas cuadradas —que son unas setenta millas inglesas cuadradas— y está localizada en una de las bellas praderas del Estado de California. Altos montes se alzan por todas partes, y uno, como el cerro de San Antonio, es tan alto que la mayor parte del año se cubre de nieve. El coronel se estableció aquí en 1840; y, antes que este Estado fuese anexado a Estados Unidos, y antes también que fuese abolida la ley de servicio escriturado, tuvo hasta 1,200 peones trabajándole. Pero desde la anexión los indios saben que ahora pueden ir a donde se les antoje, y los más se han retirado a las montañas vecinas, de donde no es fácil hacerlos bajar para que trabajen. La mano de obra de la gente de raza blanca es sumamente cara; por ejemplo, el coronel paga a los pastores cinco dólares al día, salario que con carne de cordero gratis resulta demasiado alto. Mas, aparte de esas trabas, el Estado sufrió mucho con la guerra de California. Hay muchos edificios arruinados, y 10,000 parras, más 4,000 árboles frutales, fueron destruidos. Los indios tulares han robado caballos de la hacienda por valor de 13,000 dólares. Casi nada queda de los 13,000 acres de tierra cultivada, ni de huertas y viñedos. Lo único que ahora tiene el coronel es su tierra, 10,000 cabezas de ganado, y unos pocos miles de ovejas; aunque últimamente se ha dedicado a mejorar la raza de éstas. Me dice él que los cerdos son nocivos; un día me mandó a decir que había matado treinta de ellos, y, que si me gustaba esa carne mandara por toda la que quisiera, que el resto se lo dejaría a los zopilotes.

Un día de tantos fui a ver a las mulas que pastaban en las lomas. En pocas partes del mundo hay pastizales tan buenos como éstos; a los animales les llegaba la avena silvestre a las rodillas. Pasé también por lugares en donde había ganado de la hacienda regado en millas y millas de potreros; los lobos, osos y leones matan a muchos. Los propietarios usan cantidades de estricnina para exterminarlos, y yo vi a bastantes de ellos muertos. Un día que andaba por allí vi a un mozo de la hacienda tirando en el campo trozos de carne envenenada; y, cuando varias horas después pasé de regreso por el mismo lugar, encontré a un lobo muerto en el camino. De igual manera ha intentado el coronel acabar con las ardillas, que, junto con las lechuzas y las serpientes cascabel, son allí los peores enemigos de los granjeros. El manda a regar granos de maíz con estricnina frente a las cuevas de esos animalitos.

Las lomas que dije forman un conjunto de terreno terciario en el espacio situado entre la alta cordillera plutónica, y de allí se alargan hasta la costa

de más allá de Los Angeles. Son de piedra arenisca bituminosa, piedra caliza, greda y arcilla, y abundan en ellas las vertientes de asfalto, o betún. Inspeccioné varias, y me llamó la atención que hubiese algunas en el filo de una loma, chorreando por ambas laderas. El asfalto mana lentamente en forma de masa espesa, con un poco de agua. En su curso se endurece pronto, solidificándose como cuajarón. Los vecinos le dan diferentes usos. Mr. Williams lo utiliza como combustible, y en este territorio californiano impermeabilizan los techos con él.

El 6 de Septiembre regresó de Los Angeles Mr. Kaufmann con un comprador de los vagones y las mulas. Después de inspeccionarlo todo cerraron trato. Nos fuimos a la ciudad en un carruaje elegante tirado por un brioso tronco. Así terminó mi odisea a través de las praderas y yermos de la América del Norte. En Los Angeles, Mr. Francis Mellus, millonario e influyente, y miembro además de la legislatura del Estado de California, me ofreció la hospitalidad de su casa. Dormí en cama dorada con cortinas y cubrecama de seda. El mobiliario del cuarto que me cedió consistía de obras artísticas importadas de la China, con muy finas talladuras; estuve pues rodeado de todas las comodidades y lujos de una sociedad civilizada. Esos contrastes sólo en América se ven.

CAPITULO VIII

Geografía física del continente americano — Ojeada retrospectiva de sus conexiones orográficas — Extremo meridional de las Montañas Rocallosas en el curso superior del río Grande — Sus equivalentes meridionales — La Sierra Madre — Frecuencia de ese nombre — La Gran Sierra Madre de Sinaloa y Sonora — Su equivalente septentrional en el conjunto de montañas californianas — Cuenca longitudinal interior de la mitad occidental del continente — Depresión de la meseta situada entre el curso medio del río Grande y el curso medio del Gila.

Antes de formular mis observaciones y hacer saber lo que me ocurrió durante mi permanencia en California, aprovecho esta oportunidad para echar una mirada retrospectiva a unas cuantas referencias físico-geográficas del continente norteamericano, respecto de las cuales he llegado a conclusiones que en algunos puntos difieren de las creencias prevalecientes. Me refiero al agrupamiento general del conjunto de las Montañas Rocallosas que corren al oeste de la costa del Océano Pacífico. Durante mi residencia en San Francisco publiqué un pequeño trabajo sobre ese tema que reprodujo el Smithsonian Institute en su informe científico anual. Un benemérito geólogo americano expuso posteriormente opiniones sobre la orografía de América discordantes con las mías; esto me hizo reexaminarlas, pero sigo creyendo que no estoy equivocado en los siguientes puntos:

La errónea idea de que las cordilleras deben ser línea divisoria de las aguas, y que la línea divisoria de las aguas deben ser cordilleras, prevalece desde hace largo tiempo entre los geógrafos, y más especialmente entre los cartógrafos que conocen imperfectamente la superficie de la tierra. Sin embargo, los modernos reconocimientos topográficos no sólo han corregido los errores de los mapas europeos, sino que también han rectificado las teorías de los geógrafos. Pero cuando tratan de figurar otras partes del mundo, que no están aún perfectamente señaladas, se siguen cometiendo los mismos errores; y este, entre otros, es el caso de la América del Norte, respecto del conjunto orográfico a que aquí me refiero. Erróneamente se cree todavía que existe conexión entre las Montañas Rocallosas y la Sierra Madre del oeste de México, que tienen a las vertientes del este y del oeste

del continente separadas por una gran cordillera que coincide con la línea divisoria de las aguas. Pero la naturaleza de las cosas contradice tal opinión.

Sería mucho más correcto hablar de una conexión general entre todas las cordilleras y mesetas que ocupan todo el oeste del Nuevo Mundo, desde la Tierra del Fuego hasta el Océano Artico. Considerada como un gran sistema en contraposición a las extensas tierras bajas del este de ella, la parte occidental del continente forma realmente una división natural, con subdivisiones que, desde luego, tienen cierta conexión unas con otras. Pero este hecho es completamente ajeno a la cuestión de si dos eslabones secundarios de este sistema —las Montañas Rocallosas y la Sierra Madre— tienen alguna conexión directa, o si, sobre principios correctos, puede considerárseles como equivalentes orográficos en la estructuración del todo. Trataré de demostrar que no es así.

I.—La gran cordillera de las Montañas Rocallosas se divide, cerca del nacimiento del río Grande, en dos cadenas de montañas, una de las cuales sigue por el lado oeste del río, la otra por el este; y esta última hasta tierras de Santa Fé.

El lector que me ha acompañado en mi viaje de Misuri a Nuevo México, tal vez recuerde que el camino hacia el río Grande conduce sobre terreno casi parejo, a través de un estrecho desfiladero rocoso. Suponiendo que la sierra de piedra arenisca por la cual pasa este desfiladero sea parte de las Montañas Rocallosas, esta sierra quedaría, si tal fuera el caso, al este no sólo del río Grande sino también del río Pecos, prolongándose su extremo meridional hasta la meseta del oeste de Texas. Pero entre el curso superior del Pecos y el río Grande el camino de Santa Fé queda confinado al norte por unos altos cerros de tipo alpino que durante la mayor parte del año se cubren de nieve. Por el sur sigue un conjunto de montes aislados al cual pertenecen los cerros del Placer, Sandilla y Manzana. El camino bordea los promontorios extremos meridionales de las sierras más altas sobre mesetas que están seis y siete mil pies de altura sobre el nivel del mar, las cuales terminan abruptamente por el lado del valle del río Grande, y las laderas y partes sueltas que son aquí un conjunto de montañas de muy diferente fisonomía geológica a la de grupos aislados que se alzan sobre los bordes de la meseta, cuyas rocas son de naturaleza plutónica y metamórfica. Respecto de estos grupos de cerros y mesetas como prolongación meridional de las Montañas Rocallosas, éstas están asimismo al lado este del río Grande, e igualmente terminan en la meseta de Texas. Bajo un punto de vista es correcto reconocer en estas montañas una prolongación de las Montañas Rocallosas; pero debe entenderse claramente que está más de acuerdo con el sistema general orográfico de este país conectarlas con la cordillera que comienza al lado oeste del curso superior del río Grande, y cuyos ramales secundarios cruzan con éxito el río entre Santa Fé y la comba que el mismo río forma cerca de Santa Bárbara.

II.—Todo aquel que ha viajado de El Paso, pasando por el Gila, hasta California, sabe bien que el viejo camino, conocido con el nombre de Cook's Route, en la gran curva meridional que conduce a Santa Cruz, traspone varias alturas, todas las cuales pueden soslayarse, si es que el viajero no necesita de los pocos aguaderos que hay en esas regiones. Si fuera más por el sur, el camino bordearía las alturas cercanas al río Grande; y si se mantuviera más al norte bordearía las de más al oeste entre el Paso de Guadalupe y el valle de Santa Cruz. En el primer caso bordearía las últimas estribaciones del conjunto de montañas situadas más al norte; en el último caso, soslayaría los promontorios extremos de las sierras situadas más al sur. Pero ni aun el primero de estos dos conjuntos de cerros, el de más al norte, con inclusión de las montañas Coppermine y la Sierra Blanca, con sus grupos secundarios —independientemente del hecho de que, entre él y las montañas del Paso de Guadalupe existe una depresión de la meseta— puede considerarse como anexo a las Montañas Rocallosas. Este forma un grupo aparte de la última cordillera de ese sistema por otra depresión que ocupa el espacio entre el Pequeño Colorado y el río Grande, y contiene las fuentes del Gila. Ni tampoco afectaría la cuestión principal si encontráramos razones para suponer que los cerros cercanos a Socorro, que se alzan en forma pintoresca al occidente del río Grande, pertenecen al sistema de las Montañas Rocallosas, pues las alturas que se extienden entre Valverde y Santa Bárbara por ese lado continúan por el este del río, dando forma a esa serie de raudales que obligan al viajero a salir del valle, y pasa a través de aquella Jornada del Muerto, de tan mala reputación, en cuyo trayecto de noventa millas no se encuentra una sola gota de agua en verano.

III.—En los mapas se señala a la Sierra de los Mimbres como yugo que une a las Montañas Rocallosas con la Sierra Madre; pero el viajero la busca en vano en el punto indicado. De esto hablé al narrar mi jornada por ese territorio, y dije que el río de los Mimbres, que nace en las estribaciones meridionales de las montañas Coppermine, fluye en la estación de las lluvias sobre vastas planicies hasta llegar a la laguna de Santa María. No hay, por tanto, al oriente de este pequeño río, espacio para que exista ningún eslabón entre las Montañas Rocallosas y la Sierra Madre; mientras que, por el occidente —si existiera— el camino de Leroux pasaría por allí. Nunca he viajado por esa ruta, pero me aseguran todos mis amigos que la conocen, que no pasaron sobre ninguna cordillera digna de considerarse tal por su altura.

IV.—Habiendo pues demostrado que las Montañas Rocallosas, como cordillera conectada, no se extiende por el lado oeste del río Grande, hacia el sur, más allá de los estrechos valles de Valverde, localizaré ahora los grupos aislados y serranías que forman, al lado este del río, la prolongación meridional, o por lo menos el equivalente meridional de este sistema. El viajero que vaya de San Antonio, en Texas, a El Paso, o al Presidio del Norte, tiene que cruzar montañas que, al oeste del Pecos, son puntos sobre los cuales se llega hasta las más altas zonas de la meseta occidental de Texas. La ruta que por esta cordillera conduce a El Paso toca Puerto de Las Limpias; y la del Presidio del Norte, toca Puerto del Paisano. Ya

describí estos espectaculares desfiladeros y su pintoresco escenario, e hice notar que la Sierra de Guadalupe y la Sierra del Diablo pertenecen a la misma cordillera. Al sur del Presidio del Norte, en las inmediaciones de San Carlos, aquélla se encuentra otra vez con el río Grande, y lo cruza de este a oeste, describiendo aquí el río una gran curva hacia el este en una larga y estrecha cañada, con varias cascadas. Este es el punto en que el río Grande descende desde su curso medio que todavía pertenece a la meseta, hasta las tierras bajas del Golfo de México. Esta sierra, no obstante, que forma el límite oriental del Bolsón de Mapimi, se extiende más al sur, a través de los estados mexicanos de Coahuila, Nuevo León, San Luis de Potosí y Veracruz, en donde forma el borde oriental de la meseta de Anahuac.

V.—Paso ahora a la Sierra Madre, nombre que ha sido causa de muchos errores geográficos. El apelativo no es, estrictamente hablando, un nombre propio, pues se aplica en términos generales a la principal cordillera del país, de igual manera que los mexicanos llaman al canal principal de riego “acequia madre”. El nombre se da a varios lugares, y el geógrafo se equivocará si cree que las diferentes sierras del mismo nombre pertenecen al mismo y único conjunto de montañas. Si existe una cordillera con el nombre de Sierra Madre, perteneciente a la cadena de montañas de la prolongación meridional o equivalente de las Montañas Rocallosas ya descrita, tal como figura en los mapas “al este” de Durango, ésta es completamente independiente de la gran Sierra Madre que señala el límite occidental de la meseta mexicana hacia el territorio más bajo de Michoacán, Jalisco, Sinaloa y Sonora, y a través del cual, “al oeste” de Durango, pasa el camino de esta ciudad a Mazatlán. En Nuevo México se menciona una tercera Sierra Madre situándola al oeste del río Grande, y los californianos mexicanos le dan el mismo nombre a esa cadena de montañas que se extiende al norte de la planicie de Los Angeles, desde el cerro San Bernardino hasta la costa del Pacífico, y cuyo más alto pico es el cerro de San Antonio.

Sin embargo, con respecto a la gran Sierra Madre, el borde occidental de la meseta mexicana —de la cual únicamente estoy hablando aquí— su estructura posee una particularidad, que, si bien no puede calificarse de un raro fenómeno orográfico, mucho menos aún en montañas que se alargan al borde de la meseta, ha sido no obstante causa de frecuentes errores en los mapas. Casi todos los ríos más importantes que desaguan en el Golfo de California nacen en las altas planicies de la meseta interior, y por tanto al “Oriente” de la Sierra Madre. Esos ríos se abren paso a través de estrechas cañadas para bajar a la costa por el oeste de la sierra. Ya me he extendido acerca de este punto refiriéndome al río de Papigochic, una de las dos fuentes del Yaqui, cuando en un capítulo anterior describí mi viaje de Chihuahua a la Sierra Madre. El río fluye por unas sesenta millas a lo largo de la base oriental de la cordillera, hasta que repentinamente tuerce a la derecha, se arroja dentro de una profunda cañada, y por ese conducto irrumpe a través de las montañas. El camino de Chihuahua a la rica ciudad minera de Batosegachic conduce por una cañada similar, a lo largo de una de las fuentes del río del Fuerte. Parece que

los geógrafos no ven que las montañas occidentales de la meseta mexicana no forman la vertiente, sino que están "antes" de ésta al oeste, y, por aferrarse a una teoría ya caduca, la sitúan más al este, colocándola de esa manera a la parte más occidental de las Montañas Rocallosas de lo que en realidad es, y la hipótesis de una conexión ha ganado verosimilitud y confirmado el error.

VI.—Las últimas estribaciones noroccidentales del sistema de la Sierra Madre las cruza la ruta llamada Cook's Road, al sur del río Gila, en el trayecto que media entre el Paso de Guadalupe y el Fort Yuma. Cerca de éste, y por consiguiente cerca también de la confluencia del Gila y del Colorado, la sierra que se extiende a lo largo de la costa de Sonora y Sinaloa, y que forma la base occidental de la Sierra Madre, sistema montañoso consistente de sierras paralelas, tiene allí su fin noroccidental; pero al otro lado del Gila y del Colorado continúa por una serranía situada a la derecha del viajero durante cierto trecho de su camino a través del desierto. Se adelanta en ángulo agudo hacia la sierra que se extiende de la península de California, hasta que se juntan. Personas que conocen esta parte del país me informan que el pico de San Bernardino es el punto central de su unión. De esa manera el extremo noroeste de la continuación del sistema de la Sierra Madre se une con la sierra que los geólogos californianos llaman serranía de San Bernardino, pero que los viejos mexicanos californianos, como antes he dicho, le aplicaban el "mismo" nombre de Sierra Madre. Si pues la Sierra Madre de Sinaloa y de Sonora tiene su equivalente septentrional, no debemos buscarlo en las Montañas Rocallosas, sino en el sistema montañoso californiano. Sin embargo, la verdadera fisonomía de la estructura orográfica de esta región sólo se ve clara cuando la consideramos perteneciente a la configuración general de la mitad occidental del continente.

VII.—El centro de esta mitad occidental, siguiendo la dirección de la costa del Pacífico, desde el istmo de Tehuantepec hasta el Océano Artico, lo ocupa en toda su extensión un espacio que está confinado —en parte conectado y en parte interrumpido— por un conjunto de montañas situadas al este, y por otro conjunto similar al oeste.

La mayor parte de la superficie de este espacio está sobre el nivel del mar, lo que le da aspecto de meseta, porque los dos sistemas de montañas forman sus bordes occidental y oriental, separada por un terraplén lateral occidental y oriental, y sobre el propio interior del espacio se alzan grupos aislados de montañas. Esto último es tal vez lo que confunde a los geógrafos con respecto a la fisonomía principal de la estructura orográfica de esta parte del mundo, puesto que forman lo que puede parecer eslabones de unión entre los bordes occidental y oriental de las montañas. En California y Oregón, en Utah y Nuevo México, y en los territorios de más al norte, la naturaleza impone distintivos característicos a las dos montañas. Tenemos las Montañas Rocallosas al este, la Sierra Nevada y las montañas Cascade con su prolongación septentrional al oeste. En México el borde occidental consiste de la Sierra Madre, y la naturaleza le ha impreso igualmente características muy bien definidas, pero el borde oriental está muy

interrumpido, y consiste de esa línea de grupos aislados e irregulares de cerros que el río Grande cruza en los desfiladeros y cascadas de San Carlos. Aquí es en donde fácilmente puede pasarse por alto la gran conexión de las partes componentes. Repito, no obstante, que si las Montañas Rocallosas tienen un equivalente meridional, debe buscársele en las montañas del oeste de Texas, de Coahuila, Nuevo León, San Luis de Potosí y Veracruz; y si la Sierra Madre tiene un equivalente septentrional, debe estar en la Sierra Nevada, en las Montañas Cascade y en su prolongación septentrional; porque la primera línea forma el borde oriental y la segunda el borde occidental de la gran cuenca interior longitudinal de la mitad occidental del continente.

VIII.—Aun cuando a esta gran cuenca longitudinal se la denomina meseta o altiplanicie, debido a su predominante altura sobre el nivel del mar, tiene considerables variaciones de altura, y tres grandes declives —para no mencionar salidas similares— se abren a través de sus bordes, formando transiciones desde sus tierras interiores y más altas a las exteriores y más bajas: el declive del río Grande, el del Colorado y del Gila, y el del Columbia.

Entre la parte central de la cuenca del río Grande y la parte central de la del Gila, la meseta es menos alta que al norte y al sur de esta línea. La Laguna de Guzmán, según me dijo Mr. Schuchart —compañero del coronel Gray— está más baja aún que la superficie del río Grande, cerca de El Paso. La Laguna de Santa María tiene el mismo nivel. Es en esta laguna, como dije antes, que desagua el río Mimbres con procedencia del norte, mientras que desde el sur el río Santa María, que en rápida corriente baja desde la meseta central de Chihuahua, vierte sus aguas en la misma laguna. Una línea trazada desde estas dos lagunas hacia la laguna Seca de la ruta de Cook, de la cual ya hablé, forma una prolongación noroccidental de esta depresión de la meseta; y desde este último punto se puede llegar a la parte central del Gila sin tener que trasponer ninguna altura de consideración.

Desde la boca del río Grande, por consiguiente, aguas arriba, cruzando desde su curso medio al curso medio del Gila, y luego aguas abajo de este río hasta la boca del Colorado, hay una depresión continental de un océano al otro, depresión que de manera muy clara separa el sistema de las Montañas Coppermine— el grupo de las fuentes del Gila y la Sierra Blanca, del sistema de la gran Sierra Madre.

IX.—Por lo anteriormente expuesto es evidente que el querer conectar a las Montañas Rocallosas con la gran Sierra Madre es un error craso relacionado con el fundamento de toda la geografía del continente americano. Esta equivocación hace del borde occidental de la mitad meridional una continuación del borde oriental de la mitad septentrional de la gran cuenca longitudinal del lado occidental del continente. De esta manera se separan los elementos análogos de su geografía física, se juntan los heterogéneos, y se confunden tanto los grandes fundamentos de la climatología como los de la distribución de la vida vegetal y animal.

CAPITULO IX

Los Angeles y el sur de California — Ubicación y clima de la ciudad — Huertas y viñedos — Exportación de uvas y otras frutas — Producción de vinos — Otras riquezas del territorio — En esta parte del Estado no hay minas — Indios y mexicanos — Criminales y bandidos del norte se van de allí — Asesinatos — Salida para San Francisco — Neblina costanera — Monterrey — La Puerta Dorada de la bahía de San Francisco — Ubicación de la ciudad.

Los Angeles, cuyo nombre completo es Pueblo de los Angeles, tiene fama, y bien merecida por cierto, de ser un lugar bellissimo; no querría para mí y mis amigos otro sitio para fijar residencia en compañía de gente culta y bien educada. La naturaleza ha creado aquí ese equilibrio de sus productos y prodigios —ese justo medio entre la pobreza y lo supérfluo— que pesa tanto en las condiciones de esa gloriosa civilización que en los albores de la historia de nuestra raza germinó en los países clásicos del Viejo Mundo; y, efectivamente, para puntos de comparación con Los Angeles y otras partes del sur de California, tenemos que volver la mirada al oriente, pues que en el resto de Estados Unidos no hay nada que se le iguale.

La mejor vista panorámica de Los Angeles se obtiene desde el camino que conduce a la costa. Desde allí la pequeña población aparece limpia y elegante al pie de una meseta de variadas alturas que termina aquí, y después de las lluvias de invierno se cubre de grama y gran profusión de flores. Una clara corriente discurre por entre las colinas detrás de la villa. Nace esta corriente en una majestuosa cordillera de más allá que enmarca el cuadro que estamos contemplando, y sus aguas riegan los jardines y viñedos que son la principal riqueza y el más grande encanto del lugar. Impenetrables setos vivos impiden que se les vea, pero desde afuera se adivina una vegetación de vigor extraordinario creada por el río, que en multitud de acequias se ramifica entre las huertas. Los alrededores de Los Angeles tienen pocos árboles; pero sus jardines son más bien huertas de higos, de naranjas y de otros árboles frutales, entre los que se ven dátiles, aunque no en abundancia. En cambio, los almendros y aceitunos cre-

cen allí a las mil maravillas. Esto puede dar una clara idea del clima que, además de ser apacible, tiene un aire puro y vigorizante. Los que creen que por razones de clima la esclavitud es necesaria en el sur de California, ven aquí su teoría deshecha, pues su clima es lo suficientemente cálido para cosechar la caña de azúcar y el algodón, cosas en las que los blancos no sólo pueden trabajar sino que lo hacen con placer. Hay que ver en el otoño los jardines de Los Angeles; en esa estación las naranjas y los limones cuelgan sus frutos de oro entre el follaje oscuro, los viñedos se cargan de jugosas uvas; gente industriosa y bien vestida se sienta a la sombra a llenar con primor millares de cajoncitos de frutas deliciosas, colocando una gruesa hoja de papel secante entre una y otra camada. Esmero tan elegante es típicamente norteamericano, y la escena es sin embargo tan ajena a Estados Unidos que yo me imaginaba haber sido transportado a otro mundo. Las pocas palmeras de dátiles recuerdan el oriente, y, no obstante, por la forma en que preparan su fruto para la exportación, tiene el legítimo sello del Lejano Oeste; de modo que este extremo contraste de la historia de la civilización sólo es posible verlo en California.

Cuando estuve allí, Los Angeles tenía, en los contornos de la población y sus inmediaciones, ciento veinticinco viñedos que anualmente producían un promedio de nueve millones de libras de uvas. La mitad de esa cantidad se convertía en vinos y coñac; de ello salían unos cien mil galones de vino, con valor de más o menos dos dólares por galón. Ese otoño los viñadores exportaron a San Francisco cincuenta mil dólares en uvas.

La uva que se da en Los Angeles es la llamada de Málaga, de la cual se hace el vino blanco y también el tinto; pero la experiencia ha demostrado que el clima de esa zona, y la de todo el Estado de California, es adecuado para el cultivo de todas las mejores clases de uva. Hay tierras de donde escoger la más apropiada para lo que se quiera, desde su frontera norte a la del sur, así como de la Sierra Nevada a la costa del Pacífico. Los fallidos intentos que se han hecho en los estados norteamericanos del Atlántico para sembrar viñedos no han tenido lugar en California, porque las condiciones climáticas de la costa del Pacífico son más similares a las del mundo occidental del Viejo Mundo. En todo caso, los repentinos y extremos cambios de temperatura que en los estados del Atlántico son tan desagradables y nefastos para muchos productos agrícolas, no ocurren en California. Las tierras de los contornos de Los Angeles seguirán siendo el centro de la producción de vinos y de frutas de la costa estadounidense del Pacífico.

La manera en que los viejos pobladores mexicanos han cultivado la vid y preparado el vino es tan imperfecta, que no han podido obtener un buen producto; pero vinateros expertos aseguran que con mejor método se pueden sacar vinos de primera calidad. Algunos alemanes radicados en Los Angeles están interesados en hacerlo.

En las antiguas huertas de las misiones católicas se ven aún sembrados de almendros, dátiles y olivos, y en los últimos tiempos se han plantado

más. De los frutos de estos árboles, las almendras y las aceitunas se sirven en todas las mesas californianas, las primeras como postres y las segundas encurtidas; pero no he visto dátiles cosechados en California, aunque el árbol crece con vigor en la zona meridional del Estado. Probablemente habría que plantar árboles de ambos sexos unos cerca de otros para que pudieran dar fruto, ya que el clima es propicio al cultivo de todas las frutas orientales, y también de los árboles y arbustos ornamentales de Italia y el Oriente. En las faldas de las montañas y los desfiladeros de las costas californianas he visto laureles de extraordinaria robustez. Pero esta especie es venenosa y sus emanaciones son peligrosas; no obstante, en su lugar podría plantarse el laurel del Viejo Mundo; y los setos vivos de las huertas angelinas, que ahora son principalmente de sauces, podrían ser substituidos por arrayanes, adelfas y granados, mientras que los pinos y cipreses italianos añadirían belleza al paisaje.

Los tesoros minerales de importancia primordial para California, parecen abundar menos en el sur que en el centro y el norte del territorio. La falta de agua, tan general en la mitad meridional del Estado, impediría o limitaría la posibilidad de lavar oro en zonas en donde pudieron existir yacimientos auríferos. El coronel Williams me enseñó cierta cantidad de oro en polvo hallado en su propiedad (rancho del coronel Williams, o Santa Ana del Chino), y me dijo que había visto una veta de cuarzo aurífero en el Cerro de San Antonio, situado en la parte alta de la planicie en donde está su propiedad, cerro que puede verse desde Los Angeles. Aquí han encontrado oro aún antes de que Sutter hiciera su famoso descubrimiento en la parte central del Estado. Ya hablé del yeso aurífero que vi en una colección de minerales en Los Angeles, y aquí sólo quiero agregar que de ese mismo yeso se encontró en un lugar del sur del Estado, en el Paso de Tejón. Durante mi estadía en el Estado se dijo varias veces en los periódicos que en los alrededores de Los Angeles se habían descubierto arenas áureas. Pero el resultado de los exámenes fue siempre de que en verdad existía oro allí, mas no en proporción capaz de pagar el laboreo, ni mucho menos dejar utilidad. Y, como en tales casos se sospechó de la veracidad de los descubrimientos, las opiniones adversas no fueron menos; con frecuencia ha sido imposible cerciorarse de la verdad, salvo mediante la inspección personal y el propio laboreo de mineral. Yo no puedo asegurar que en la parte meridional del Estado no haya oro, pues es bien sabido que lo hay en la parte contigua a la península.

Entre los recursos minerales de California está la sal que se encuentra a carretadas en ambas formas: sólida y fluida. Este producto, junto con otros, hasta muy recientemente se importaba de la península de Baja California, en cuya costa existen capas de sal pétreo. Durante mi permanencia en Los Angeles se me pidió ir a examinar una vertiente de sal que se había intentado industrializar. Las tierras entre la ciudad y el mar son lomas de la más reciente formación geológica, y en ellas no hay árboles; en este aspecto son semejantes a las praderas. No obstante, el terreno que puede ser regado se adapta a la agricultura. La vertiente forma un lagunajo de agua tan cargada de sal, que la menor evaporación la cristaliza.

Junto al lagunajo hay un manantial de agua dulce, y entre éste y el mar lomas de arena de varios centenares de yardas de anchura, que no tienen contacto con el agua del mar. Situado esto así, y con la pureza, concentración y abundante cantidad de la materia prima, pudiera haberse establecido aquí una muy productiva fábrica de sal —a pesar de la falta de combustible— si no fuera porque en las inmediaciones se encontraron gruesas capas de sal que la hacen más barata todavía.

En el capítulo anterior toqué el importante punto de la cría de ganado detrás de Los Angeles. Esta sección del Estado contiene gran número de haciendas que miden su extensión en el orden de millas cuadradas, y el número de reses se cuenta por millares. Cuando estuve allí se calculaba que Los Angeles tenía unas 100,000 cabezas de ganado vacuno, y 50,000 de ganado lanar. La cría de ovejas era allí cosa nueva, y sus ricos propietarios estaban comenzando a invertir dinero en mejorar la raza. El ganado grande para destace se vendía a treinta dólares por cabeza. La cría de ganado se lleva a cabo al viejo estilo mexicano, y hasta los nuevos propietarios prefieren emplear a esos veteranos vaqueros que trabajan a caballo, y cuya principal ocupación es, una vez al año, juntar el ganado de la hacienda que ya está herrado, herrar a los terneros con el fierro del dueño, y contar el número de reses.

Hasta ahora la mitad meridional del Estado ha sido sólo indirectamente influenciada por los efectos derivados del laboreo de minas de la mitad septentrional. Los que abogan por la división del actual Estado de California se apoyan en esta diferencia de sus condiciones e intereses. El deseo de introducir la esclavitud en el sur del Estado es el motivo principal, pero ese no es por ningún punto el simple deseo de extender la influencia política y aumentar el número de estados proesclavistas. Lo que verdaderamente hace falta en esta parte del país, al que la vecindad de las minas de oro, y los consiguientes altísimos salarios le quitan toda capacidad para continuar en la agricultura y la cría de ganado, tiene mucho que ver en la cuestión. Este estado de cosas es un duro castigo de la injusticia y el despotismo cometidos aquí, y en todas partes, por los angloamericanos contra los indios y los hispanoamericanos, que son los únicos que pudieron haber suministrado la mano de obra esencial para las necesidades de esta sección del país. Yo creo, sin embargo, que los apóstoles de la esclavitud no tendrán éxito en California como tampoco en México ni en la América Central. Sería más fácil y provechoso, mediante un sistema más juicioso, —no aquel desde luego en que una filosofía abstracta y una doctrina impracticable de igualdad se combina con la más brutal insolencia racial— emplear a los mexicanos y a los indios, cuya disposición natural es de una dependencia razonable ante los terratenientes. Es por lo menos convicción mía que innegables necesidades y condiciones inalterables producirán en California clases de población con derechos políticos “desiguales”, sin dejar por consiguiente espacio para la esclavitud, de modo que el curso del desarrollo histórico de Estados Unidos dará por resultado tres formas diferentes de organización social. En tales circunstancias Los Angeles, con respecto a comercio y relaciones, tendrá algún día que independizarse de

San Francisco, puesto que Los Angeles es el almacén natural del comercio con las distantes regiones del interior.

Cuando estuve en Los Angeles la falta de seguridad de la vida y la inmoralidad rampantes menoscababan la belleza del lugar, su clima y otras amenidades, y en mi corta estadía ocurrieron innumerables crímenes. El hecho de que en las mañanas aparecieran cadáveres de indios tirados en las calles no era cosa que las autoridades creyeran digna de investigarse a fondo. Los indios de las tribus californianas que estuvieron bajo la civilizadora influencia de los misioneros católicos, han caído ahora —en casi todo sentido— en un profundo antro de corrupción; y eso se debe a la falta de sus mentores. En las calles de Los Angeles se les ve ahora en garitos, intoxicados, riñendo entre ellos mismos, y con frecuencia en el más indecoroso estado. Había, sin embargo, otra clase de gentes no mucho mejor, desde un punto de vista moral, que esos retazos de hombres. Casi todas las noches oía bajo mi ventana disparos de pistola como consecuencia de disputas en garitos y otros lugares de mala reputación. Los Angeles, en este respecto, estaba más corrompido que San Francisco, cuyas calles recorrí durante casi un año a todas horas de la noche sin que jamás me viera envuelto en un incidente o presenciara uno. Pero fue la buena policía de la capital, la aplicación sumaria de la ley de Lynch en las minas, y el mayor orden civil en la región septentrional del Estado, lo que hizo huir de California hacia el sur a los elementos peligrosos de la población, y éstos se concentraron entonces en Los Angeles, puerta de salida hacia todos los rumbos desolados del Colorado, del Gila, del Estado de Sonora y del río Grande.

El 30 de Septiembre salí de Los Angeles para San Francisco.

San Pedro, el puerto de Los Angeles, no es más que un simple fondeadero, y cuando me embarqué en uno de los vapores de cabotaje de California, allí no había más que un edificio que era oficina y bodega a la vez de las principales casas comisionistas de Los Angeles; y en el mismo edificio se alojaba a los viajeros.

La espesa neblina que durante parte del año reina en la costa de California, me impidió ver el paisaje marino que se dice es muy interesante, pues la mayor parte de la costa tiene una fisonomía variada. Sin embargo, el cielo estaba despejado cuando llegamos a Monterrey. Los pinares cubren aquí las alturas y bajan hasta la propia rocosa playa. A trechos se ven arenales que acumula el viento, y vimos también arrecifes cundidos de diferentes clases de focas. Las peñas de la costa de Monterrey son de granito, y brillantes cuando las moja el agua, con multitud de moluscos pegados a ellas. Delicadas algas de exquisita belleza y color decoran la playa. Una ballena cogida poco antes de nuestra llegada yacía varada en la playa, y unas semanas atrás habían pescado otras dos. Hay aquí una compañía dedicada a la pesca de ballenas; y otra sólo pesca sardinas en la bahía. Me dijeron que sus dueños son portugueses. Más al norte de

la costa, pero siempre en California, se pescan y salan arenques, y lo mismo se hace con el salmón, industria introducida a California por un hamburgués.

En la mañana del 3 de Octubre entramos en la "Puerta Dorada". Mucho había oído hablar de la bahía de San Francisco, y debo decir que la realidad excede a toda ponderación. Empinadas montañas pobladas de arbustos siempre verdes, que me recordaron paisajes de la región alpina que está más abajo de la línea de las nieves, pero más arriba del límite arbolado, emergen abruptamente del agua por ambos costados, de suerte que la bahía semeja un lago entre montañas; y las lomas de arena que forma el viento ocupan trechos de cierta extensión en contraste con el carácter general de lo demás. Del borde del agua la ciudad sube por las faldas de varias colinas y baja a los collados que hay entre ellas. Cualquiera sean las encantadoras ciudades de que se jacten en otras partes del mundo, en la América del Norte nunca habrá ninguna que le dispute la palma a San Francisco; y en el futuro, cuando la arquitectura dé a California el estilo y riqueza que le corresponden, la Reina del Pacífico será sin duda mencionada entre las ciudades de primera reputación por su espléndida belleza.

CAPITULO X

San Francisco — Elementos y moralidad de la sociedad — La aventura del utilitarismo — Lista de crímenes y de otros delitos — Comparaciones — La vida californiana se distingue por la extraordinaria agudeza intelectual y energía de sus habitantes — Extraños remedios para extraños males — Resultados satisfactorios de un experimento social — Fisonomía de los contornos de San Francisco — Influencia de su clima — Excursiones a los alrededores — Los pinos gigantescos — Panorama de la serranía costanera — San José — Pozos artesianos — Minas de azogue de Nueva Almadén.

Puede decirse de San Francisco que es el crisol de todos los elementos de la sociedad californiana. Todas las clases de la población del Estado, todas las naciones de las cuales proceden los individuos que vinieron aquí atraídos por el señuelo del oro, todos los grados de la civilización humana, todos aquellos caracteres que ocupan su lugar en el caldero bullente de un período de gestación como el actual, cuando las más nobles y las más bajas cualidades afloran; todos esos elementos colman las vías públicas de la ciudad. En sus calles se oyen hablar todos los idiomas europeos, muchos asiáticos y algunos americanos. Este revoltijo aparente de elementos heterogéneos se han amalgamado aquí, y es el gran sistema de americanismo, de incesante lucha y siempre activo espíritu de especulación, y su apego a los fines utilitarios, lo que mantiene todo en movimiento. Aquí, empero, el materialismo de la vida americana se ha acendrado en tal forma que bien puede decirse ha llegado al zenit, adonde, como cualquier otro principio de moral, toma el carácter contrario revistiéndose de poesía y de ficción. Es la aventura del utilitarismo que tiene sus propios héroes, sus padecimientos y sus grandes y gloriosos logros. El negocio del comerciante puede ser de suyo muy prosaico; mas cuando uno ve los rimeros de barras de oro apiladas en los bancos de San Francisco, mientras en la calle frente a las vitrinas pasan los hombres barbados y curtidos por la intemperie que extrañeron de las entrañas de la tierra ese oro, debemos confesar que estamos frente a un cuadro de colosales fortunas, de vida aventurera, de asombrosos caracteres humanos y de extraordinarios testimonios de energía, comparado con lo cual las novelas de Eugenio Sué resultan pálidas y triviales.

¡Y cuán admirables son todas las figuras que integran el cuadro, variadas como en efecto son pero fundidas en un crisol de armonía mediante la influencia del tono predominante!

El caballero y la dama vistiendo atuendos de última moda en elegantes vehículos o en caballos de buena raza; el avezado negociante de labia persuasiva; el mecánico inteligente con reputación de integridad y dominio de su oficio, y consciente de su dignidad como hombre y ciudadano; el comerciante europeo, cosmopolita ya por haber residido en China, India, Australia, Chile, Perú o México; el yanqui astuto, jamás sin un proyecto en la mente para forjarse una fortuna; el abogado mañero y el político inescrupuloso y demagogo, mano a mano con el especulador y reclamante de tierras; el médico científico formado en las mejores universidades de Estados Unidos y Europa, egresado de Alemania o de París; el curandero charlatán que en su pueblo fue barbero y es ahora un gran doctor en esta lejana tierra del oro; el naturalista que ha descubierto aquí especímenes de plantas, peces o insectos; el proyectista de grandes empresas mineras, metalúrgicas y de otros ramos de investigación científica; el minero, con frecuencia vistiendo su ropa de tela ordinaria, él, que es aquí lo que en otras partes el granjero, labrador de la tierra; el cómico, y el clérigo de esa u otra secta; el tahur y el músico; el gimnasta alemán y el cantante; el mexicano y el sudamericano; el corpulento chino comerciante y el chinito desmirriado; la triunfante cortesana oriental y la desprestigiada prostituta de su misma raza; el tártaro y el malayo; el hawaiano y el isleño de los mares del sur; el negro y el mulato; y, finalmente, el indio californiano, amo y señor antaño de estas pródigas tierras, y ahora el más pobre y último de todos sus ocupantes. Es verdaderamente milagroso que todos estos elementos puedan coexistir y mantenerse unidos, mientras el gobierno y la ley frenan cuanto menos posible las actividades de cada quien. Entonces ¿a qué sorprenderse e indignarse uno de que en semejante revoltijo humano, disperso por todos los ámbitos del Estado, hasta en regiones en donde la autoridad pública existe sólo de nombre, se cometan constantemente crímenes, que la comunidad infiera ofensas y que se infieran contra ella, y que a veces una raza pelee contra otra? El europeo que habla con asco del actual estado de cosas en California no hace más que exhibir su propia pobreza de experiencias y falta de comprensión. La vida californiana, por el contrario, presenta fenómenos más patentes al filósofo que busca encontrar pruebas de las innatas cualidades y excelencia futura de nuestra raza. La más culta comunidad europea, según mi firme convicción, no podría existir sobre una base tan absolutamente democrática, y con tan poca fuerza pública, sin sufrir males de naturaleza mucho peor.

Quien vive en una antigua sociedad disciplinada tiene, sin duda, derecho a decir que no sabe si los hombres en Europa, bajo condiciones similares de igualdad personal e independencia individual, serían peores o mejores que en California. Tiene derecho a decir que no le gustan esas condiciones, como quiera que puedan explicar y excusar lo que él desapruueba. Esto, en muchos respectos es cuestión de gusto individual, en lo cual no intento inmiscuirme. Mi objeto es únicamente describir y explicar.

Durante mi permanencia en San Francisco recolecté de los periódicos de todo el Estado de California una lista de los crímenes y hechos de sangre ocurridos en una sola semana. No cabe duda de que desde aquellos días la vida californiana ha mejorado; hago aquí una enumeración para exponer, con hechos concretos, el estado en que entonces se encontraba aquella sociedad. La lista es esta: Suicidio de Barrett. — En Sutter Creek se hacen disparos contra una multitud, y un hombre resulta muerto. — De una balacera en el pueblo de San Gabriel, entre americanos, indios y mexicanos, resultan varios muertos. — Ejecución de Escobar y de Sebado. — En el Valle del Oso los mexicanos del poblado atacan a varios viajeros; a uno de éstos lo derriban de su caballo de un balazo y lo rematan a puñaladas. — En las rondas del mismo poblado aparece el cadáver de un francés. — Dos grupos de mexicanos y chilenos riñen por una mujer, y resultan dos muertos. — Arréstase a un mexicano del Valle del Oso acusado de ser uno de los asesinos del caso mencionado arriba; y, al oponer resistencia, es muerto por las autoridades. — Varios indios ahorcados en Yreka. — Dos hombres de raza blanca mueren asesinados en el río Scott. — Dos muleros mexicanos asesinados en Yreka. — Varias personas asaltadas en las calles de Sacramento. — En Shasta un mexicano mata a otro a cuchilladas. — Suicidio de un desconocido en el Valle del Oso.

Tal vez esta lista de crímenes no sea señuelo para atraer europeos a California, pero si en Europa se sacaran a luz los crímenes como se hace en California, y en Estados Unidos en general, se vería que ciertas capitales europeas no son más atractivas, bajo un punto de vista moral. De todos modos, las comparaciones de esta naturaleza no son muy gratas que se diga.

Sea como fuere, debo decir que conforme a mis observaciones, hay tanta generosidad y benevolencia en ese mosaico de población californiana como en las ciudades más cultivadas de Europa. Pero, en California, hasta la caridad se hace a tono con el estilo orgulloso de la filantropía americana que no supone mansedumbre en el necesitado ni espera que éste agradezca la caridad. En las soledades californianas puede un hombre morir de hambre, en la sociedad californiana nunca. Esa sociedad es demasiado orgullosa para permitir la existencia de la miseria en la tierra de la superabundancia.

Cualquiera que sea el grado de moralidad de los elementos sociales llegados de todas partes del mundo a California para formar un nuevo núcleo social —y mucho de lo mejor y de lo peor ha contribuido al resultado, desde el honrado hombre de negocios hasta el más temerario aventurero, desde el filósofo científico hasta el cínico charlatán, desde el misionero puritano o reformador moral hasta el salteador de caminos e incendiario— por muy desproporcionado que pudiera ser su valor moral, dos importantes rasgos de carácter les fueron común a todos ellos: una extraordinaria agudeza de inteligencia práctica, y una rara fuerza de voluntad y energía. Hombres sin estas cualidades difícilmente hubieran pedido llegar hasta esa distante y peligrosa región, o, si llegados allí por obra del azar, jamás habrían po-

dido mantenerse a nivel con ese género de vida. Quizá hasta ahora haya algo parecido en las regiones auríferas de Australia, y más últimamente en la Columbia Británica; pero hasta una sociedad integrada por elementos similares debe someterse a las condiciones de un gobierno propio tan absoluto como el de California, para desarrollar ampliamente esas eminentes cualidades. No es sin razón que los californianos se jactan de formar una "élite", o sea un núcleo de hombres superiores; superioridad que, es verdad, puede caracterizarse por sus buenas y malas cualidades. Mas si la vida californiana tiene defectos extraordinarios, ha sabido en cambio hallar remedios adecuados para subsanarlos; y la sana energía de un lado ha sobrepujado a las tendencias nocivas del otro lado. La falta de cordura de los legisladores ha sido reforzada por las leyes particulares y costumbres de los mineros, acatadas y ejecutadas en sus diferentes sectores; y la poca integridad de los jueces, cuando frecuentemente ocuparon esos cargos hombres de mala reputación, fue remediada por la intervención directa de la ciudadanía. Nadie negará que muchos inocentes sufrieron injusticias de parte de muchedumbres iracundas; pero estos procesos desde cuando la primera desmandada multitud colgó a un pobre diablo —culpable o inocente— del primer árbol que encontró, hasta aquel segundo "Comité de Vigilancia", mediante el cual algunos maleantes empedernidos fueron echados del Estado y otros fueron ejecutados, estos procesos, repito, libraron a la sociedad de gran parte de sus peores elementos; y en cuanto se notó que era más provechoso acatar la ley que violarla, muchos hombres que habían sido enemigos del orden social se convirtieron en sus celosos defensores. En resumidas cuentas, todo el proceso del desarrollo, a través del cual la vida social de California ha pasado en pocos años, es un sorprendente y muy instructivo ejemplo del origen, organización y mejoramiento de la sociedad por razones de provecho y de necesidad; mientras tanto, los resultados son testimonio en favor de los usos y costumbres del norteamericano, sin los cuales el experimento californiano jamás hubiera prosperado. Ninguna nación europea tendría suficiente experiencia y destreza en gobernar para responder a las necesidades de una situación tal como la de la sociedad californiana en los albores de su formación.

Si acaso el lector esperaba recrearse leyendo un relato de aventuras personales, en vez de leer estas observaciones generales, o revelaciones de extravagancias y curiosidades de la vida californiana, siento no haber podido darme el gusto de satisfacerlo. Si bien a mí no me queda ya espacio para proporcionar esa clase de detalles, otros escritores se han explayado sobre la materia dándolos a conocer en forma verídica y colorista. Además, cuando yo estuve allí, la época clásica de lo inaudito en California era ya cosa del pasado. Ya no alcancé a ver el trueque de clavos y tachuelas de hierro por su peso igual en oro —un palco para la ópera se conseguía ya por bastante menos de ciento cincuenta libras esterlinas, por abono de un mes—, un violinista no estaba seguro de ganarse diez libras por tocar una noche en un garito; a John Kelly, el irlandés, no se le veía más en desfiles callejeros lucir garboso su verde gabán de terciopelo con botonadura de diamantes, tocando el bombo suspendido de una gran cadena de oro. El tiempo de las grandes conflagraciones, cuando toda la ciudad fue dos veces des-

truida, era ya también cosa del ayer. El primer Comité de Vigilancia, después de haber decretado varias ejecuciones, vivía solamente —como un pálido fantasma que hubiese pasado sobre la ciudad— en la memoria de quienes no habían sido miembros de él; los que lo fueron habían jurado con sangre no revelar nunca sus secretos. No había llegado todavía la hora del Segundo Comité. Con todo, ciertas cosas extrañas ocurrieron durante mi estadía en San Francisco, pero las más extraordinarias fueron publicadas en esos mismos días en los periódicos americanos y europeos, así que repetirlas sería supérfluo y estarían fuera de lugar.

Los alrededores de San Francisco son sumamente interesantes. La escasez de árboles, que es general en una gran parte del Estado, embellece más bien que afea la grandeza del escenario, el cual no necesita de adornos suplementarios. Los contornos, como traslado del estilo panorámico del norte de México, poseen un grado muy alto de armonía plástica. Yerbas, arbustos, grama y una extraordinaria variedad de espléndidas flores entapizan los cerros y colinas de la bahía. Los arbustos son en su mayoría de eterno verdor y tan grandes como el mirto y el laurel; y, como el invierno es apacible y húmedo, las montañas y colinas de los contornos de la ciudad se ven en esa estación del año más frescas y verdes que en el verano, cuando las sabanas y los montes están secos.

El clima de California, en general uno de los mejores de la zona templada, varía considerablemente en los diferentes sectores del Estado. San Francisco, a este respecto, sufre de los inconvenientes locales a causa de la abertura que la sierra tiene en la entrada de la bahía. La niebla que en las tardes del verano se posa sobre la ciudad con monótona regularidad, es fría y desagradable. Menos mal que no se esparce más de unas pocas millas tierra adentro, y que nunca la hay en invierno, estación que es la mejor de San Francisco. He visto días de ese tiempo cuando, después de un aguacero, el cielo queda tan despejado como en la meseta mexicana, el aire es tan apacible como una mañana de Nicaragua, y la naturaleza tiene toda la frescura y la belleza de un mes de Mayo en Alemania. Quien haya disfrutado de un día de esos, caminando por las colinas de atrás de San Francisco, con la vista del mar y las montañas, nunca podrá olvidarlo. En Enero cae a veces nieve, o bien alguna escarcha por la noche; pero yo vi rosas, pelargonios, fucsias y calceolarias florecer en los jardines de San Francisco en Navidad.

Tiene el clima de California la cualidad de tonificar el espíritu y dar fuerza al sistema muscular. En este aspecto corresponde al de la meseta mexicana y al interior del oeste de Texas, pero en ninguno de esos lugares, como aquí en California, se extiende esa benéfica cualidad a la costa marítima, y aún a la zona meridional. Allí, en una región en donde crecen el naranjo, el olivo, el higo y el dátil, el hombre se siente tan activo y enérgico como los habitantes de la parte central y septentrional de Europa. Esta característica del clima californiano no dejará de influir eficazmente en el futuro destino de esta región privilegiada.

Un sendero que corre paralelo al contorno de la bahía en dirección noroeste conduce de la ciudad a la Puerta Dorada (Golden Gate). El zoólogo encuentra en su camino una grandísima variedad de conchas, aguamalas y otros moluscos, peñascos de serpentina, dignos de ser estudiados por los geólogos, lomas de arena en las que crecen variedades de arbustos, y por allá parches desérticos como Saharas en miniatura, o bien una escasa pero interesante flora, hierbas y flores, que seguramente interesará al botánico.

Si el paseante continúa sobre las colinas más altas, en dirección al mar, llegará a un promontorio perpendicular contra cuya base rompen las olas del Pacífico. Allá arriba, sentado sobre el propio borde de la roca, mira abajo las proezas y retozos de las focas, subiendo lentamente —ayudadas por las olas sucesivas de una reventazón violenta— a las puntas afiladas de un peñasco que descuella entre el hervor de las espumas, para luego súbitamente todas, de la más grande a la más chica, aprovechando una ola enorme que las llevará lejos del escollo, se lanzan en el hirviente mar en cuyas aguas reaparecen luego desperdigadas sus lucias cabecitas negras para reanudar sus esguinces y piruetas.

Cincuenta o sesenta millas al sur de San Francisco, al costado de la serranía, costanera, está la región llamada de los pinos gigantes (Redwoods). Se da este nombre a la región por haber estado antes cubierta de pinos gigantes, una de "taxodium" muy similar en tamaño y apariencia a otras especies californianas que se hicieron famosas por sus dimensiones, y que diferentes botánicos llamaron "*Taxodium giganteum*", "*Washingtonia gigantea*", y "*Wellingtonia gigantea*". El utilitarismo se ha apoderado de esta región, y la mayoría de sus descomunales pinos han sido tumbados por el hacha inclemente del leñador que los ha llevado a los numerosos aserraderos para convertirlos en tablas. El negocio de madera aserrada ha hecho surgir allí una ciudad con el nombre de Redwood City. Se han descubierto en las montañas y colinas de esta región pequeñas e irregulares vetas de carbón terciario, por lo que una compañía de San Francisco ha emprendido estudios geológicos con el propósito de ver si sería remunerativa allí la explotación de una mina de carbón de piedra. La compañía me invitó a visitar el lugar; y la excursión, que fue a mediados de Enero, me dio la oportunidad de ver parajes muy pintorescos del costado oriental de la serranía costanera. Esta, con estratos de rocas terciarias, es por lo general rasa y anfractuosa por su costado occidental, y boscosa por el costado oriental. Si bien la parte abierta —la que da a la bahía— es desarbolada, estas zonas apartadas abundan en una vegetación siempre verde y bella. Aquí el laurel real, el señorial madroño —recordándonos a los países clásicos del Mediterráneo— crecen en compañía de los pinos gigantescos, que me transportaron mentalmente a los valles de la Selva Negra de Alemania, y a las montañas de Turingia, en Italia; mientras que el roble, formando bosques en los valles, lo lleva a uno a la Sierra Madre de Sonora y de Chihuahua. Una pequeña colonia de húngaros había tomado posesión de algunos de los más hermosos parajes de esta región cuando pasé por allí de regreso a San Francisco. Cómodas aunque pequeñas casas de campo, con jardines y terrenos de recreo, han surgido allí mismo en donde aún vagan a sus anchas el linco, el puma y el oso gris.

En Agosto hice un viaje al pueblito de San José y a las minas de azogue de Nueva Almadén.

San José se asienta en un valle longitudinal entre dos sierras paralelas de las cordilleras costeras. Este es una prolongación del espacio ocupado por la sección meridional de la bahía, en dirección sureste. La profundidad de la bahía es muy poca en su extremidad, y se expande en ciénagas que en el verano se pueblan de un sinnúmero de gansos y de patos. La primera parte del viaje a San José se hace en vapor y la segunda en carruaje. El camino va por una planicie cubierta de trigales, que por ambos lados tiene montañas escarpadas. Dos pequeños ríos reconocidos desde lejos por las largas hileras de árboles que siguen sus cursos, fluyen a lo largo de la base de las montañas, uno por cada lado de la planicie, desembocan separadamente en la bahía, quedando el centro del valle sin gota de agua, pero cuenta con pozos artesianos, de los cuales se sirven con gran provecho los pobladores del valle y del pueblo de San José. Este copioso suministro de agua en un clima por naturaleza seco, y en donde casi no llueve en el verano, fertiliza extraordinariamente los jardines y los campos de San José. Visité la granja de un horticultor francés que tenía muchos acres sembrados de rosas, por las cuales, y por otras flores más, San Francisco tiene gusto excepcional, de manera que el negocio prospera. En esta granja hay un pozo artesiano que es fuente de una corriente de agua lo suficientemente abundante para ser distribuida entre muchos sembrados, entre los cuales, además de otros árboles, vi también dátiles.

De San José a Nueva Almadén hay catorce millas. Varios carruajes hacen el recorrido entre uno y otro lugar. Nueva Almadén, aun cuando allí acaban de aparecer la civilización y los goces de una vida más refinada, es ya punto de atracción para los habitantes de San Francisco que buscan donde divertirse. No faltan los buenos hoteles en ese pueblo asentado en un valle en medio de las sierras costaneras; y están los mineros mexicanos tan acostumbrados a las visitas de los extranjeros y excursionistas a las minas, que tan pronto uno llega, y sin preguntar ellos nada, lo montan en un vagón que empujan sobre rieles, en el que lo llevan a las entrañas de la tierra.

El camino de San José a Nueva Almadén pasa sobre la prolongación del bellissimo valle en que se asienta el pueblo minero, en dirección al sur. Mientras avanzábamos, el panorama se hacía a cada paso más interesante gracias a que el valle va adquiriendo aspecto de parque, y por la proximidad de las montañas. Cerca de San José los árboles más visibles son los sauces y los álamos que crecen en las orillas del pequeño río. Luego aparecen robles que más adelante reemplazan los sicomoros, hasta que el conjunto de todo parece una inmensa huerta. Por aquí y allá se ve una cabaña con plantíos de trigo, maíz, frijoles, calabazas, cebollas, tomates, melones y otros vegetales. El Rancho de los Capitancillos—habitado por un francés que nos sirvió un suculento desayuno de café, té, chocolate, jamón, huevos, pollo asado y otras sabrosuras— ocupa el sitio más bello de por aquí. Es una propiedad de una legua cuadrada de extensión, colindante con las tierras de la compañía minera de Nueva Almadén.

Esta pequeña ciudad minera, con hoteles excelentes, casas que sus moradores mantienen esmeradamente limpias, y con un camino bien cuidado que lleva allá a través del valle, y la única calle en la cual están las viviendas del lugar, dejan en el visitante una muy agradable impresión; y, en fin, lo que allá se ve, casi de apariencia elegante, habla muy bien de la compañía a la cual pertenece todo. Al otro lado del riachuelo que corre a través del valle, hay una vertiente mineral que contiene mucho ácido carbónico con cierta proporción de hierro, y no es remoto que con el tiempo Nueva Almadén se convierta en balneario de moda de los sanfranciscanos. La mina está a considerable altura sobre el nivel del valle. A las cinco de la mañana salimos del hotel para escalar el cerro. El camino por el cual bajan en vagones el mineral que contiene el azogue, cruza por entre una densa vegetación de arbustos. Tardamos cuarenta y cinco minutos en llegar a la cumbre. Los mineros, mexicanos en su totalidad, estaban listos para comenzar su jornada diaria. Nos sorprendió la educación y lo bien parecido que son estos hombres —bien comidos y bien vestidos— y algunos daban la impresión de ser muy inteligentes. Devengan salarios muy altos, o por lo menos así lo considerarían los directores y dueños de las minas europeas. Según sea su capacitación y esfuerzo ganan (esto era cuando yo estuve allá) de cuatro a ocho dólares diarios, y eso, aún en California, era lo que se llama un buen salario. La mina, aunque nueva, tiene tumbas de tiro y túneles que penetran bastante adentro del interior del cerro. En los primeros capítulos de esta obra describí la oración matutina de estos mineros en una capilla subterránea de la mina, ante el altar de la Virgen María cortado en la peña viva.

Conforme a un estudio que Mr. C. Heusch, geólogo e ingeniero de minas alemán, publicó en el "Monterrey Sentinel", aquí y en otros sitios de la región se encuentra cinabrio en venas de conglomerados cuarzosos ya sea en el pórfido o en la línea de contacto existente entre rocas eruptivas y sedimentarias.

Cuando volví a San José me sorprendió ver en una de sus calles, una corriente de agua que no había visto dos días antes. Debíase a que al hacer una perforación para un pozo artesiano brotó el agua con tanta fuerza que anegó la calle.

CAPITULO XI

Rumbo al Este — Filibusteros a bordo — William Walker — Regreso a Nueva York.

El 20 de Septiembre de 1855 me embarqué en el hermoso vapor "Cortéz" que zarpaba con destino a San Juan del Sur.

Además de gran número de damas y caballeros californianos que viajaban en camarotes, había a bordo unos cien hombres armados que iban a engancharse en las filas de William Walker, en Nicaragua. Algunos eran conocidos míos, y puedo decir que, aunque siendo como eran tipos de todo tiro, estaban firmemente convencidos de que el ideal que los guiaba era glorioso y encomiable.

El derrotero que llevaba nuestro barco era junto a las costas de México y la América Central. Las cumbres de los gigantescos volcanes de Guatemala emergiendo de entre las nubes eran un cuadro de sublime grandeza. Bordeando las costas salvadoreñas pudimos ver, en tres diferentes puntos, los efectos de la fuerza plutónica. Del cráter de uno de los volcanes brotaban a intervalos irregulares violentas bocanadas de humo que en nubes globulares que eran al salir —como empujadas por una explosión— ascendían lentamente al cielo para luego agrandarse y deformarse.

Arribamos a San Juan del Sur el 3 de Octubre. En esos días William Walker tenía su cuartel general allí. Los hombres llegados de California en el "Cortéz" pasaron a engrosar su ejército.

Nada tengo que agregar a lo que ya dije de San Juan del Sur y de Nicaragua en general. Crucé el istmo sin ningún tropiezo. El 5 llegamos a San Juan del Norte; vaporcito de río que nos llevó allí nos puso al costado del vapor "Northern Light", listo ya para zarpar a Nueva York.

El 13 entramos allí.